LAS12

2.01.04
AÑO 6
N° 299

Romina Ricci se tira a la pileta
Shirin Ebadi, la señora premio Nobel
Ser mujer no es ser madre

pelos

seis reflexiones sobre eso que se mutila, se colorea, se elimina, se pierde, se cuela en la boca, se enreda, se implanta, se tira...



Los pelos de punta

EXPERIENCIAS Protagonista de todo tipo de metáforas, refranes, advertencias –como esa de que el pelo de las mujeres es como la red con que el demonio pesca almas ¡joder!–, fantasías y sinsabores, el pelo adquiere mayor protagonismo cuanto menos ropa se use ya sea porque la moda femenina exige su mutilación cíclica o porque, sencillamente, hay menos artificios con que disimular su exceso o su falta. ¿De qué se trata cambiar en la mayoría de los casos? Pues de cortarse el pelo, teñírselo o peinárselo. ¿Qué otro signo de envejecimiento más evidente que el temor sino las canas? ¿Cuánto más desnudo se está que cuando se ve el pelo de las partes íntimas? ¿Y qué es lo que exige cualquier brujería o gualicho que se precie sino una matita del pelo amado? Es más, ¿qué es lo que se acaricia primero cuando aún no están habilitadas otras zonas a los dedos del amante? ¿Y cuántas madres se han privado de atesorar ese mechoncito, casi una pelusa, que por primera vez se corta a su retoño? Sobre los goces y los padeceres ocasionados por la parte más viva –y más rápidamente muerta– del cuerpo hablan estos sentidos textos que no echarán luz sobre ningún asunto trascendente, pero tal vez despierten alguna mueca cómplice en este viernes, lento primer viernes del próximo año de nuestras vidas.

Los famosos tiradores

POR JUAN SASTURAIN

Las dos estaban buenas, pero Rita Hayworth se afeitaba las axilas y mi mamá, no. No fue algo tan difícil de verificar. El dato de Rita lo tengo por el baile demoledor de Gilda que termina con el sopapo del boludo de Glenn Ford en un improbable club nocturno porteño hacia mediados de los cuarenta; ahí ella, cantando mal, pero quién la oía, levantaba los purísimos brazos sobre la cabeza mientras se sacaba los interminables guantes y agitaba la melena pelirroja pese al blanco y negro. Una cosa infernal. El dato de mi mamá lo tengo de innumerables experiencias en vivo para la misma época que no pienso referir. Se puede argumentar que no son términos de comparación una terrible yegua de Hollywood y una linda mamá de clase media argentina diez años mayor: una en la pantalla y otra en la platea del matinée. Pero tengo mis dudas al respecto.

Es que la cosa pilosa no se cortaba con el filo de yilet de la pantalla ni con la navaja generacional, ya que poco después tampoco se depilaba la increíble Silvana Mangano en *Arroz amargo* para andar con el agua a la rodilla y los pies en el barro del Po; ni se podaba la bersagliera Gina Lollobrigida en *Pan, amor y fantasía*, ni mucho menos mezquinaba pelos la primitiva Sofía Loren antes de que –entregada por Carlo Ponti– los yanquis le pusieran un ph. Y esas salvajes tanitas de la pantalla neorrealista del primer tramo de los cincuenta –que le hicieron la cabeza literalmente a medio mundo– estaban más cerca, obviamente, de las minas reales que andaban por las calles pueblerinas que yo conocía desde la vereda o espiaba a franjas en la arena de Necochea, que de las oxigenadas y multiproducidas Lana Turner o Dorothy Malone del Cinemascope. Marilyn sería otra cosa.

Por otro lado, la bruta y explícita maja goyesca –tan gallega–, la sudorosa Libertad que saca pecho y guía al pueblo según Delacroix, y las bellas y distendidas amigas de Modigliani nunca necesitaron sacarse los pelos para posar una vez y entrar en los museos para siempre. Y tampoco nadie puso una curita negra ahí.

Quiero decir, volviendo a Rita y mi mamá pasando por la Mangano, que en aquel momento, esos demonizados pelos axilares, avalados por el cine, también podían tirar con eficacia –en comparación con los otros, los clásicos, que sabemos bien pueden a una yunta de bueyes– o al menos no inhibían ni mucho menos el trabajo a destajo de la libido protoadolescente. En un mundo de reprimida clase media que diferenciaba absolutamente los modos y circunstancias de exhibición pública y privada de un cuerpo segmentado mucho más analíticamente que ahora, los bellos vellos funcionaban al revés de hoy, o sea: eran sobre todo pelos en un pliegue femenino, el único recoveco accesible a la mirada y en grado aún restringido. El pensamiento analógico hacía el resto.

Tener o no tener tupé

POR MOIRA SOTO

Las cabelleras femeninas acicaladas, las barbas masculinas que indican madurez y responsabilidad, la calvicie para todos al cabo del tiempo o como metáfora de la ocasión, que hay que aprovechar sin más, el pelo en el pecho haciendo las veces de signo inequívoco de virilidad, están presentes en ese compendio de citas literarias (algunas ligeramente modificadas) y de la presunta sabiduría popular que viene a ser el refranero español.

Empecemos por la parte que nos toca como criaturas inexorablemente frívolas, frágiles, siempre necesitadas de guía y control (masculinos): “Cabellos y cantar no cumplen ajuar”, en otras palabras, que las casaderas que invierten tiempo en arreglar sus cabellos, y encima, cantan por pura diversión, seguro que no son suficientemente hacendosas ni recomendables como futuras esposas. Ahora bien, si se trata de casadas con maridos distraídos o ausentes, “Mal anda el huso cuando la barba anda de suso”, porque si no son vigiladas, las mujeres no cumplen debidamente con su obligación de hilar. Para esposo guardián y mentor, nada mejor que un señor mayor: “Antes barba blanca para tu hija que muchacho de crencha partida”, o lo que es más o menos lo mismo: “A poca barba, poca vergüenza”. Siempre prestigiosa, “Barba pone mesa, que no pierna tiesa” (el hombre cabal que provee a su familia contrapuesto al inútil indolente, que no mueve ni una pierna, no hace un pito). Pero no basta una buena barba, porque para ser “Hombre de hecho, pelo en pecho”, y así aunar cualidades morales y físicas.

“Hazme la barba, hacerte he el copete”, es un proverbio que promueve la ayuda mutua y solidaria. Mientras que “Cuando la barba de tu vecino vieras pelar, echa la tuya a remojar”, nos induce a escarmentar con lo que les sucede a otros, y ser entonces más cuidadosos/as. Pero los pelos grises en el rostro masculino pueden provocar codicia, porque “A barbas con dinero, honras hacen los caballeros”. Esto, claro, si se trata de barbas acaudaladas de las que se puede esperar herencia. Aunque mejor seguir este ejemplo: “Canta la rana y no tiene ni pelo ni lana”, es decir se banca la pobreza y tan contenta.

Entre una pelambre tupida y el cuero cabelludo desnudo, debe haber –en el sentido figurado que cultivan los refranes– un razonable término medio: “Ni tanto ni tan calvo que se le vean los sesos”. Aunque, de todos modos, “Al cabo de cien años todos seremos clavos”, porque habremos muerto sin remedio. Y no sólo “A la ocasión la pintan calva”, a la muerte también: “Calvo vendrá el que calvo me hará”.

Los pelos de las personas, se sabe, pueden ser secos, grasos, opacos, lacios, rizados, estar florecidos, o reemplazarse por tupés, gatos o bisoñés. Pero siempre, por más fino que sea, “Cada cabello hace su sombra en el suelo” (para significar que no hay que despreciar ninguna cosa, por más insignificante que sea). A veces, se suele mirar con indiferencia la desgracia ajena, al punto que “Mal ajeno de pelo cuelga”, así de frágil es la situación de muchos. Quizás porque siempre “De la risa al duelo, sólo hay un pelo”.


FOTOS: ALEJANDRO ROS

Y yo con estas mechas...

POR MARTA DILLON

Tengo el pelo ondulado. Puede sonar a afirmación anodina, insípida o vulgar, si no fuera porque uno de mis primeros recuerdos son dos lagrimones gordos y pesados que rodaban por mis mejillas cuando mi madre intentaba pasar el peine por esa mata de rulos que defiendo desde que tengo memoria de, por ejemplo, los intentos de mi padre por cercenarla. No es prolijo tener el pelo enrulado, no se puede usar flequillo, como lo usaban mis compañeras de jardín, no se puede usarlo suelto, como desea toda niña que se precie apenas tiene conciencia de su capacidad de seducción. Una no sabe cómo va a amanecer el pelo ondulado después de haberlo domado convenientemente gracias a los productos de última generación que prometen mucho y cumplen poco y aún así una gasta medio sueldo en ellos para que su efecto dure lo que una toca en lluvia. ¿Toca? ¿Alguien se acuerda qué es la toca? Yo sí, se los puedo asegurar. Recuerdo dormir con un rulero grande como mi cabeza apenas cumplía los diez años sólo para que el lacio me dure hasta diez minutos antes de comenzado el asalto (esa fiesta en la que los varones aportaban la bebida y las chicas la comida). Recuerdo también la primera vez que pasé la noche con un muchacho y la desesperación antes del amanecer por correr al baño y ver en qué estado había quedado mi pelo después del revolcón nocturno y con la luz apagada. “Tiene el pelo muy ondulado”, la escuché decir una vez a la esposa de mi papá con la nariz fruncida como si oliera gases non sanctos en una peluquería en la que pasé diez horas diez sólo para que a los tres días el planchado se haya convertido en unas chusas quemadas ¡y onduladas! Sólo las personas como yo sabemos fehacientemente que lo que mata es la humedad y no por el dolor de huesos. Sólo las personas como yo tenemos claro el desprecio que despiertan esas otras de pelos lacios como cortinas de metal que dicen mentirosamente envidiar el volumen de las cabelleras onduladas. ¡Y yo que creía que con el punk había llegado mi liberación! Era apenas una adolescente cuando empecé a mutilar mis crines en busca de una cresta adecuada con sendos costados rapados cuando noté, que además de ondulado, mi pelo era suficientemente abundante como para hacer un picnic sobre lo que debía ser una cresta enhiesta y puntiaguda. Y la ondulación no termina en la cabeza, qué va. Se extiende como alfombra por mis partes, pudendas o no, no cede ni al decolorante, ni a la liberación femenina, mucho menos a los encuentros íntimos en los que todo lo que una ha ganado en afirmación personal, autoestima, autonomía y muchos etcéteras se acaba cuando ves al muchacho en cuestión hurgando entre las piernas y reclamando el machete para poder llegar a algún claro que le indique dónde debe hacer lo que debe (o quiere, en el mejor de los casos). De niña solía envidiar tanto a quienes tenían el pelo lacio que me enamoraba sin remedio de esos niños de flequillo y corte taza, soñando con besarles, aunque sea una vez, esa cortina de pelos que buscan el piso siguiendo la ley de gravedad, no como los míos, rebeldes, ingobernables, buscando el cielo como si se alimentaran por fotosíntesis condenándome al recogido que todos dicen que me queda tan bien y que yo detesto porque una también exige el derecho que le fue negado: a salir de la pileta sin preocuparse, a hacerse la permanente si le viene en gana, a cortárselo sin parecer una oveja, a caminar bajo la lluvia sin lamentarse por el producto invertido (y arruinado). De grande he aprendido la resignación y el encanto de parecer una leona, a disfrutar de cómo cae mi pelo cuando pasan siete días sin lavármelo (sí, y qué) y a enamorarme de muchachos de pelos tan crespos como el mío y fundir las melenas en la almohada convertida en bosque, vergel, selva amazónica de la que es fácil agarrarse cuando, afortunadamente, todo es olvido, alivio, y por qué no, resignación.

Memoria emotiva

POR MARIANA ENRIQUEZ

La última novela de Jeffrey Eugenides, *Middlesex*, tiene varios momentos que rozan la maestría. Pero el más emocionante en referencia al tema que nos atiene es su clamor a las deidades menores: "¡Háblame, Musa, de las griegas que lucharon contra el vello antiestético!", escribe Eugenides. "¡Háblame de las pinzas de las cejas y las cremas depilatorias! ¡Del agua oxigenada y la crema de abeja! ¡Háblame de cómo la antiestética pelusilla negra, igual que las legiones persas de Darío, se extiende sobre el territorio aqueo de muchachas apenas adolescentes!"

No tengo ascendencia griega, pero igual que las mujeres de tan glorioso pueblo pertenezco al Continente del Vello. Mis ancestros son oriundos de las regiones más pilosas de España e Italia. Y mi lucha contra el vello ha sido constante desde la más tierna edad; si tuviera que usar la memoria emotiva para llorar, como una actriz del Actor's Studio, recurriría al olor de la cera, y al dolor del tirón impiadoso, leve en las piernas, grave en las axilas, casi insoportable sobre los labios, por completo inaguantable en las partes íntimas.

Dirán que siempre es posible recurrir a la maquinita de afeitar, pero no es recomendable. Es del todo cierto que luego el pelo crece más áspero y puntiagudo, y merced a la *gillette* el Monte de Venus semeja un campo de ortigas. Depilarse sola, que siempre es menos sufrido, resulta tremendamente incómodo y humillante. Hay que recurrir siempre, en última instancia, a los servicios de La Depiladora, ese personaje que puede ser una bendición o un monstruo. Ya he encontrado a una profesional eficiente, que sabe cuáles son las cremas a aplicar después, es piadosa y no da charla. Pero una vez caí en garras de un Monstruo. Un ser tan malvado que, por largo tiempo, disfruté de mis largas crines y hasta juré que jamás volvería a luchar contra la naturaleza.

Mi encuentro con el Monstruo ocurrió un verano. No sé por qué decidí hacerme un cavado total; quizás pasaba por una etapa de buen humor, y había olvidado cuánto detesto usar malla. El monstruo comenzó a aplicar la cera, que estaba en temperatura de lava, en todas mis partes íntimas. Y la extendía tan cerca de las zonas más sensibles que, temí, en el tirón podía perder mis labios mayores y mi clítoris. Los imaginé pendiendo de la cinta de cera; vi al Monstruo relamiéndose porque me había privado de mis órganos del placer. No ocurrió, por poco. Pero el Monstruo, guaso y brutal, me esparció alcohol post-depilación con un áspero algodón de pésima calidad. Eso no fue lo peor. Lo realmente dañino fue que derramó el alcohol por toda la zona, penetró entre los labios, y se introdujo por el tracto vaginal, bien profundo. Fue como si John Holmes me hubiera agarrado desprevenida. Traté de preservar algo de mi dignidad, y cometí el fatal error de no asesinarla allí mismo. Sé que ningún juez me hubiera condenado. Volví a casa caminando como sobre un potro, en un grito, y ya sobre el sillón me abrí de piernas y encendí el ventilador para apagar ese incendio, que no era una sana y bella calentura sino algo apto para el Hospital del Quemado. Pensé en demandarla, pero, como es de público conocimiento, los efectos del alcohol se desvanecen con prontitud. Y mi ira menguó. Pero no lo olvidé. Ahora entro al cuartito de cada depiladora con recelo y con la secreta esperanza de que, algún día, haya un regreso a lo tribal y natural, un movimiento mundial de liberación que imponga la obligación de lucir con orgullo el vello. Sueño con el glamour del bozo, la sensualidad de andróginas piernas peludas, el fetichismo de una axila poblada. Hasta entonces, sufriré. No soy tan rica como para recaer en soluciones tecnológicas extremas como la depilación definitiva.

La regresión

POR DANIEL LINK

Siempre nos dijeron que el futuro de la raza es calvo. O que venimos de la pilosidad animal (*éramos* primates), pero vamos hacia la estilización propia de los alienígenas de todos los tiempos –delgados, de voz átona y calma (o, en el mejor de los casos, inexistente: comunicación telepática) y sin un solo pelo en toda su morfología.

Después de los 30, naturalmente, esa predicción se nos revela como una fantasía cruel. Una mañana despertamos y somos Chewbaca: pelos en la nariz, en las orejas, las cejas diabólicas de Natán Pinzón, la espalda como un tapiz de pelo de foca. Los gordos caen irremediablemente en la categoría (simpática) de "oso". A los flacos, nos dicen, ni siquiera esa bondad se les reserva: "Vos no sos oso, sos nutria". Qué escándalo.

¿Qué nos pasó? ¿En qué momento de nuestra historia hormonal y por qué secretas causas se impuso el gen regresivo que nos vuelve de nuevo gorilas, orangutanes, mandriles (eso, los que se salvan de los pelos en los glúteos)? ¿Y por qué nos mintieron tanto?

Lo peor es la expectativa de futuro: trenzarse los pelos de las orejas, o someterse hasta las lágrimas a la canallesca pinza de depilar; adoptar esos horrendos adminículos rotativos que roen los folículos nasales, o dejarse un bigote nietzscheano. Ir a la playa con remera, o pasar antes por la cámara de tortura de la cera negra. No hay salvación alguna.

Ignoro cuánto sufren las mujeres sus excesos pilosos. Aun aquellas que portan pelos alrededor de sus pezones (las he conocido), es seguro que han adoptado ese designio de los dioses como una segunda naturaleza. Pero para los hombres no es así, porque la exposición del animal que llevábamos dentro sobreviene de pronto, y a avanzada edad, cuando deberíamos preocuparnos por cosas mucho más importantes como la flaccidez de nuestros abdómenes y la pérdida de tonicidad muscular. ¿Pero para qué ir al gimnasio, para qué correr por los parques, para qué comprarse ropa o leer libros difíciles, para qué hacer dietas bajas en colesterol, si a la hora de la verdad, es decir a la mañana, la persona que amamos (o, por lo menos, deseamos) se despertará de su sueño profundo y encontrará a su lado una masa informe de pelos, una oreja de otros tiempos, un hocico, una espalda vencida que secreta alambres? Eso se llama bestialismo.

Cuando se habla de "disfunción eréctil" debería entenderse esto y sólo esto: el modo en el que, tristemente y fuera de toda dignidad, el *homo erectus* retrocede al árbol, la caverna, aquellas lianas, estos infames pelos fuera de control y de contexto.



La aventura del hombre

POR CLAUDIO ZEIGER

Puede llegar a ser el pelo el problema más grave, la obsesión fija y lacerante, el secreto más secreto y oscuro, la razón de ser en la vida de un hombre?

Sí.

¿Puede secretamente un hombre llegar a desear quedarse pelado de una buena vez para evitarse la torturante muerte lenta?

Sí.

¿Puede un hombre negar la realidad, no ver cómo Ellos se van quedando por el camino, por los intersticios, los agujeritos, cómo caen uno aquí y otro allá sobre el teclado o el libro o adentro de la sopa, y seguir como si nada creyendo que nada va a pasar, que no va a ser para tanto, hasta que alguien sensato se anima a ponerlo frente a la realidad?

Puede.

Y sin embargo, no hay hombre que vaya a tomar el toro por las astas, salvo que sea alguien muy consciente del tema. En un reciente documental sobre la calvicie presentado por Pancho Ibáñez, un hombre contó que se había decidido a usar un bisoñé a muy temprana edad porque veía que lo suyo era irremediable. Claro, era peluquero.

Una vez leí algo que me impresionó: un psicoanalista contaba que tenía un paciente muy enroscado, muy conflictuado, y que él, el analista, un día se dio cuenta: el único problema real, de peso, que tenía su paciente, era que se estaba quedando pelado. En un gesto de grandeza, en vez de seguir interpretando sus sueños, el psicoanalista le recomendó hacer un tratamiento.

El hombre común y corriente, probablemente, deje pasar años y años sufriendo en silencio, retorciéndose, mirándose la cabeza desde distintos ángulos en el tríptico de espejos del baño hasta que se decide a "hacer algo". Y hacer algo es generalmente tomar esa medida tan *masculina* –tan estúpida y enternecedoramente masculina– de raparse para tapar la calvicie con la propia calva.

Quedarse pelado lleva años. No quedarse pelado lleva toda la vida. Y ni siquiera con eso alcanza, ya que controlado el tema de arriba, recién si despunta la tremebunda relación del hombre con su pelo. Hasta ahora sólo se habló de los pelos de la cabeza, y hay más, mucho más de la cabeza para abajo.

Hay que decirlo aunque sea desagradable: a medida que ralean arriba, hay pelos que empiezan a aflorar en recovecos, cavidades y zonas inhóspitas. El ejemplo más temido, señal de irreversible edad avanzada, son los pelos en las orejas (si blancos, más jurásicos), pero no son tan frecuentes mientras el hombre se mantiene entre la juventud y una madurez, digamos, sensata. Sí son frecuentes en las cejas (los diablitos) y en el cuerpo, pero en calidad de pelo solitario, un tanto ridículo, apartado, excesivamente largo o retorcido (pelo de panza: ni vello ni pendejo, como dice un chiste). Acerca del vello púbico/ vello axilar/ pelo en pecho: están allí desde la pubertad, más o menos abundante según la naturaleza. Pero el hombre un día toma conciencia de que esa clase de pelo o vello también puede ser recortado (o depilado, en fin). Podría llamarse a este fenómeno "conciencia capilar" y en verdad es la toma de conciencia de que el pelo es el reino del capricho, la arbitrariedad, el descontrol y la ofensa.

El pelo no es sólo fuente de tortura psíquica para el hombre. También tiene que ver con el disfrute de habernos convertido en consumidores de productos cosméticos (gel, tintura, champú, etc.) y de cortes de pelo. Cortarse el pelo es un rito y una fuente de placer inconmensurable y el peluquero es la única persona que debiera merecer fidelidad absoluta. La barba y el bigote son bien representativos de esta relación del pelo con la libertad. Es en el pelo donde el hombre de hoy ha ido ejerciendo su hace poco conquistada liberación cosmética, pero su emblema es la barba candado, que de marca estética por excelencia se ha convertido en símbolo de cierto status trucho. Aunque ahora sea mal visto, el candadito hizo su humilde aporte a la lucha por la liberación masculina, la larga batalla por relajarse y gozar un poco. Fue moda, frivolidad y desafío. ¿Qué hombre, alguna vez, no se dejó el candadito para probar?

Hasta hace unas décadas, hasta los años setenta, todo era bastante obvio. El horroroso bigote sólo era de bancarios y sindicalistas malos; el pelo largo acompañado de barba larga, cosa de rebeldes tercermundistas; el pelo cortito, de futuros abogados garcas. Cantó Baglietto: "Ya no hay un pelo largo/ todos parecen soldados", pero unos años después el rapado empezó a significar algo muy distinto –de orden estético y apolítico, salvo en los anacrónicos skinheads– y la colimba pasó a ser optativa.

No hay que dejar una imagen tan complicada del problema. Seamos modernos. Desdramaticemos. El hombre puede ejercer su ganada libertad en el pelo e inclusive *contra* el pelo. El hombre es igual que la mujer: cuando quiere ver un cambio visible y rápido, se la agarra con el pelo. Bien cabe aquí el gran pensamiento de Ringo Bonavena acerca de que "la experiencia es un peine que te dan cuando te quedás pelado". Pero es como todo en la vida: disfruta el momento. Disfruta de tu pelo, tu barba, tu bello vello... mientras lo tengas, claro está.

FOTO DE TAPA: ALEJANDRO ROS



AFP

El peso de la ley

El caso de la joven de Bahía Blanca embarazada de su padrastro, como tantos otros, deja planteada la pregunta: ¿Demandar ante las puertas de la ley o buscar alternativas solidarias sin dejarse aplastar por su peso?

Podría considerarse el caso de Miriam de Bahía Blanca como el de un atentado legal sobre la vida de una joven. El bíblico nombre de Miriam –con el que se ha protegido su identidad– es el de la hermana de Moisés, una adolescente a quienes algunas versiones presentan como una alquimista a pesar de las altas improbabilidades de montar un espacio apropiado para la química mágica durante un éxodo. La vulgata insiste en que se atrevió a hablar mal de su hermano Moisés por haberse casado con una etíope. Esa simple habladuría que muchos interpretan como el desafío a lo establecido, lo que convertiría a Miriam en una rebelde, fue castigado por Dios con la lepra. Un Moisés más piadoso que el ¿humano? juez Juan Carlos Ares implora a Dios que la perdone y Miriam se cura. Esta Miriam no tiene hijos pero el mito dice que fue la hermana que puso a Moisés en una cesta para que las aguas del Nilo lo alejaran de su destino funesto. Es decir, permitió la vida del hombre que recibiría las Tablas de la Ley. Representa el amor fraterno, no basado en una mera contigüidad biológica sino en su función simbólica a través de sus efectos ya que la supervivencia de Moisés lo devendrá político al permitir la constitución de un pueblo.

Aún devastada como la describen tanto el comité de ética, su abogada defensora y su madre, esta Miriam ha sido rebelde al luchar por la interrupción de su embarazo producto de una violación por parte de su padrastro, apelando a la imagen cristiana del ponerse de hinojos, gesto con que se reconoce la autoridad al mismo tiempo que se confía en su amparo. Pero, de pie, el hombre que representaba a la ley decidió dejarla a la intemperie jurídica con un argumento contable, que de dos inocentes víctimas se salve al menos una, aunque dadas las amenazas de suicidio de Miriam si no se le permite interrumpir su embarazo no es seguro que sea ella la inocente salvada. A cambio, se le propone albergar en su vientre infantil al feto del violador –quien *confesó* con sólo huir de la casa, donde había engendrado siete hijos "legítimos"– para que luego del parto el niño sea entregado a una pareja estéril donde sería limpiado de la mancha incestuosa y violenta. Y entonces la ley de adopción podrá arrogarse el derecho de informar o no que ese deseado retoño no biológico es el fruto de una tragedia que convirtió a una niña, como a la Miriam de la Biblia, en "leprosa". Porque como dice la más radical y lúcida crítica a los modos en que se discute la cuestión del aborto, aun entre los sectores progresistas, Laura Klein, lo que se prohíbe es menos la puesta en acción de ese verbo (abortar) que una sucesión de falacias hace coincidir con "matar", que *fornicar sin pagar las consecuencias*. "Leprosa" por la sospecha de haber consentido el acto de su padrastro, por haber contribuido a dejar sin padre a sus otros siete hermanos, por llamar "eso" a lo que lleva en su vientre, con una notable precisión para una niña de la que se dice que parece tener once años en lugar de catorce: "eso" es lo que viene de la violencia, del secreto y de la disimetría absoluta, no "él", ni "ella", ni "bebé", ni "hijo". Es por eso que Miriam es lo contrario de la mujer libre y dueña de su cuerpo que levantaba los dedos en V como consigna del feminismo de los años sesenta. Y hay que ver si alguna vez el aborto mereció el nombre de elección en lugar de decisión trágica.

Paradójicamente a principios del siglo XX, en la Argentina, quizá Miriam hubiera obtenido un permiso para abortar en nombre de la eugenesia y de una probable herencia degenerada.

¿Sabe el juez Juan Carlos Ares que el artículo 83 del Código Penal castiga con el mismo tiempo de reclusión que a las que abortan a los que ayudan al suicidio o instigan a él, aunque éste no se haya realizado?

Es también Laura Klein quien nos recuerda que no hay correlato entre ley y moral. Que las Madres de Plaza de Mayo, por ejemplo, ejercieron su lucha ilegalmente mientras que las leyes de indulto y obediencia debida no implican un valor moral sino todo lo contrario.

En la historia del feminismo siempre hubo menos un enfrentamiento a la ley que una demanda por que ésta reconociera su derecho. ¿Por qué no se organizaron salvo en contadas excepciones redes de mujeres que sostuvieran sus principios éticos y su compromiso solidario de acuerdo con sus convicciones morales y políticas en lugar de golpear a las puertas remisas de una ley que a la larga despenalizará el aborto, como sucede en muchos países, por oscuras razones demográficas, a las que no sería ajena la voluntad capitalista de dar una solución final a la desigualdad: impedir el nacimiento de más desiguales? En este sentido la convocatoria enviada por ATEM para hacer un escrache el viernes 26 en la Casa de la Provincia de Buenos Aires marca un necesario punto de inflexión: "... este caso pone de manifiesto la inexistencia de una red solidaria de mujeres que enfrente y supere esta terrible realidad, que rompa con el cono de silencio familiar que reduce esto a problemas privados y *que fundamentalmente asuma que ninguna solución puede venir de la Justicia y de los Estados* (el subrayado es nuestro). Más que nunca creemos que estamos ante el grave desafío de contribuir al crecimiento de una subjetividad feminista en clave revolucionaria en la sociedad, sobre todo entre las mujeres que más sufren el embate del patriarcado". Una prueba más de que hay en la ley una incompatibilidad fundamental para, siquiera, pensar el aborto es que aunque la Justicia se pronuncie a favor de la interrupción de un embarazo, sus tiempos de resolución ignoran la premura del tiempo de gestación. No será allí donde hay que clamar sino tratar de alcanzar a aquella que espera entre la espada y la pared, para escuchar su relato, sostener su deseo y, protegida, darle los medios para recuperar su soberanía ultrajada.

RAMOS GENERALES

un proyecto

Antes del receso de verano, la diputada jujeña María Teresa Ferrín (UCR) solicitó nuevamente que fuera tratado en la Cámara un proyecto de ley que ella, junto a Liliana Puig de Stubrin y Pascual Cappeleri (ambos de la UCR), presentaron en abril de 2003. La iniciativa consiste en una modificación al famoso artículo 86 del Código Penal, que limita las posibilidades de aborto post-violación a mujeres dementes o incapaces. De acuerdo con la redacción que se sugiere, el nuevo texto ampliaría la posibilidad legal de abortar a toda mujer que haya quedado embarazada como producto de una violación. En el caso de "la menor impúber o de las incapaces –continúa el texto propuesto– que por su condición no pudieren manifestar su voluntad de manera indudable, será requerido el consentimiento de sus representantes legales". Entre los fundamentos, se destaca que actualmente "la ley y el pragmatismo ortodoxo le piden a la mujer violada que soporte las huellas de la violación", mientras que, por otro lado, las leyes que implementan programas de salud reproductiva dan cuenta de un espíritu legislativo por lo menos contradictorio. "Si, por un lado estamos observando en el avance legislativo la necesidad de que la mujer intervenga con sus decisiones en la planificación familiar, no podemos sostener, en el actual estado de cosas, que asuma las consecuencias de un embarazo no deseado y producido de un hecho brutal de profanación."



Tirarse a la pileta

ENTREVISTA Se dio el lujo de descollar dentro de un elenco de nombres prestigiosos, haciendo la puta más deportiva en la mejor novela en años, *Resistiré*. Casi una desconocida para muchos, aunque entre el '93 y el 2000 hizo una serie de papelitos en telecomedias, Romina Ricci devino uno de los pilares de la tira de Segade y Bellati gracias a su zarpadísima creación de la arrolladora y voraz Rosario.

POR MOIRA SOTO

La cita, por iniciativa de la entrevistada, es en La Corte, barrio de Las Cañitas, lo que puede poner en guardia a cualquier cronista con prejuicio antifashion, como la que suscribe. La cita es con Romina Ricci, la intérprete de la puta más putarraca, más interesada, con mayor iniciativa que se haya visto en la tele. Por supuesto, dicha pelandusca estaba en *Resistiré*, la novela que se mandó todos los excesos. Ricci llega unos minutos tarde, cuando ya el ambiente de diseño con mozos disfrazados de supermozos y muy autoconscientes de laburar en un sitio de moda, las luces muy bajas y la música ad hoc muy alta empiezan a agobiar a la susodicha cronista. Pero hete aquí que por fin aparece Romina con su pancita de cuatro meses ya evidente dentro de su vestidito estampado blanco y verde manzana, arrebujada en un chal y se disculpa sentidamente porque se quedó dormida, con ese sueñito que les agarra a las embarazadas en los primeros meses. Más menuda y frágil que en la tele, preciosa con la cara sin una brizna de pintura, Romina Ricci agradece tímidamente los elogios sobre su creación de Ro, Rosario, la chica fatal que fue ganando espacio y relieve en la tira cuya ausencia lamentamos unas cuantas. En ningún tramo de la entrevista que sigue, Ro(mina) vende haber llegado a algún lugar ni haber cumplido ambiciones de ninguna especie. Menos aun piensa que ha crecido, aunque reconoce la entrega sin reservas a un personaje que le exigió dosis crecientes de intrepidez interpretativa. Porque la insolente y desfachatada Rosario siempre iba por más. Femme fatale de rioba que quiere trepar en la escala socioeconómica, que pulveriza hogares con fruición, detesta a los niñitos, olfatea con precisión de galga rusa dónde están el poder y el dinero y se lanza al abordaje sin escrúpulo alguno, Rosario terminó quedándose con el villano impune –político tenía que ser: el senador Pérez Castelar–, al borde del éxtasis cuando él le propone convertirla en diputada...

COMO SALVARSE DE SER MODELO

"Tenía doce cuando mi mamá me dio a elegir entre un curso de gimnasia artística y uno de modelo, que fue con el que me quede" memora RR sorbiendo un licuado de frutas. "Fue donde casualmente descubrí mi vocación porque en el piso de arriba estaba el estudio de Roberto Saiz, uno de los Volatineros. Me atrajo la idea del teatro y me olvidé de la modelo. Mi mamá me apoyó en esta decisión y fue bárbaro encontrar este camino. Ahora me doy cuenta de lo bien que me hacía, aunque en ese momento lo tomaba como un juego fascinante. Algo profundo me pasó, salía de las clases levitando. Una experiencia increíble a esa edad, que ahora valoro mejor. Hice cuatro años con Roberto, que no enseñaba a chicos. Cuando empecé era insólito: todos por lo menos de veintipico y yo de doce... Roberto fue muy generoso conmigo porque en algunos momentos no tenía plata para pagarle, pero él siempre trató de que no abandonara. Con la tele empecé a los trece, haciendo algunas cositas, por ejemplo, en *Grande, Pa*, la amiga de Flo... Lo bueno de empezar a ganar plata fue que me pude pagar el colegio, las clases de teatro, sentí que me bastaba a mí misma. Desde el momento que me asomé a las clases de Roberto, nunca dudé de mi vocación de actriz"

–¿Tuviste momentos de desazón o inseguridad a medida que pasaban los años y en la televisión no te llegaba un papel realmente interesante?

–Lo duro fue cuando después de trabajar cuatro años seguidos, no me llamó nadie



durante dos años. De todos modos, aunque necesitaba hacer algo para mantenerme, en el 2000 yo ya sabía que no quería estar en ciertos lugares. Aunque deseaba seguir siendo actriz, algunas cosas ya no las quería hacer porque no me hacían feliz. Necesitaba correrme. Pero fue difícil aunque estimulante, porque me puse a hacer *La señorita Elsa* en teatro, por mi cuenta: un momento de decisión importante, también de transición.

ROSARIO NO REZA EL ROSARIO

–Cuando todavía el libreto era un borrador, ¿qué idea tenías de Rosario?

–Al principio el personaje estaba un poco difuso, no sabía claramente cuál era su perfil. Tenía algunas puntas pensadas, pero la verdad es que en los primeros capítulos estaba algo perdida. Hasta que un día se me encendió la luz: fue pronto, por suerte, y ahí nomás empecé a disfrutarlo. Y el placer duró todo el año, aparecieron nuevos aspectos de Rosario. Te juro: no podía creerlo, estábamos en noviembre y yo iba a grabar con ilusión, contenta, con ganas de hacer tal o cual escena. Insólito: agarrar un libro de una tira diaria, después de tantos meses y poder sorprenderme, estar pendiente de la intriga, de los otros personajes cada uno con su detalle, como la misteriosa valijita de Leonarda. Creo que uno de los secretos de *Resistiré* fue el compromiso tan fuerte de todos los actores.

–De verdad ¿no te impresionó un poquito el que te tocara una chica tan fatal, tan putarraca, perdición de los tipos, codiciosa insaciable, desleal por naturaleza?

–Ay, no. Me encantó de entrada que estuviera jugada en ese sentido. Ya meses antes de empezar, Gustavo Marra, el productor, me empezó a dar pistas. Él tiene un ojo especial para ver a los personajes, una sensibilidad para elegir a los actores. Gustavo fue el que armó el elenco, ésa es la realidad. Y cuando vino y me contó sobre Rosario, me divirtió muchísimo. Le dije que me animaba totalmente. Después, el personaje se fue completando por el camino. Siempre la idea fue que ella usaba su cuerpo para cumplir sus ambiciones, porque lo que la calienta es el dinero. Ella quiere ascender, pertenecer a otra clase social, tener alguna forma de poder. Y una vida más alejada del barrio, de su familia.

–Pero también quiere tener a los tipos muertos a sus pies, no soporta el rechazo...

–No, claro, quiere ser el centro del mundo, tenerlos a todos, por las dudas. No perderse nada. Ella va para adelante cuando le parece que puede conseguir algo. Con Pérez Castelar, en la primera escena que lo ve, empieza el juego de seducción: ella todavía no sabe quién es él, pero olfatea el poder. Seguro que piensa: si éste viene a verlo a Mauricio debe ser un tipo importante.

–Este personaje te exigió una serie de escenas eróticas muy jugadas. ¿Vos también declarás, como suelen hacerlo tus colegas, que solo se trata de actuación?

–Lo que te puedo decir es que me sentía rara cuando terminaba la escena. Mientras la estaba haciendo, sí era pura actuación, y la hacíamos con el actor que me tocaba en ese capítulo, ta, ta, ta. De una, sin ninguna clase de pero: nada de "cuidado que no se me vea esto o lo otro". No, venía así, y así la jugábamos. Y cuando terminaba esa escena, bajaba a la realidad y de golpe tomaba conciencia de que estaba arriba o debajo a al costado de alguien, y me agarraba un poco de pudor, ahí sentía lo incómodo de la situación. Pero al actuarla, me tiraba sin cálculo. No veía la razón de andar con vueltas, si en realidad estaba bueno lo que había que contar. Además, en el momento de actuar al mango total, lo disfrutaba.

–Al mirar la novela como espectadora, ¿notabas un progreso en tu rendimiento como actriz?

–Honestamente, nunca tuve la reacción de decir: mirá cómo estoy creciendo. Pero sí veía que todo lo que había hecho con tanta intensidad, se transmitía. Justamente, comprobar esto era lo que me incentivaba a jugarme cada vez más. Porque la verdad es que haciendo las cosas al mango, una siempre tiene miedo de quedar demasiado expuesta, de hacer el ridículo. Y ese temor te puede llevar a bajar, a contenerte. Pero me di cuenta de que con este personaje, no. Que valía más sacarlo afuera sin rodeos, apostarlo todo por él.

> "La verdad es que haciendo las cosas al mango, una siempre tiene miedo de quedar demasiado expuesta, de hacer el ridículo. Y ese temor te puede llevar a bajar, a contenerte. Pero me di cuenta de que con este personaje, no. Que valía más sacarlo afuera sin rodeos, apostarlo todo por él."

–Vos venías de abrirte un esforzado camino en la tele, donde no se te había dado la oportunidad de revelarte, de dejar una marca. Para mucha gente que miró *Resistiré*, era lo primero que hacías...

–Sí, lo sé. También me doy cuenta de que *Resistiré* fue una gran oportunidad. No es por hacerme la humilde que te digo que no supe sobre la repercusión de mi trabajo: me mantuve tan conectada a la tira, la historia, a mirar el programa que quizás no dediqué atención a las opiniones. Ahora, con un poquito de perspectiva, siento que fue realmente fuerte todo.

–Lo simpático de Rosario era su espíritu deportivo, de girl-scout non sancta, y también ese desliz hacia el humor aun dentro de su irresponsabilidad, de su falta total de principios.

–Ella tenía su sensibilidad también, no te creas. Por un ratito, claro, para volver enseguida a sus intereses. Pero su cuotita de buenos sentimientos cada tanto le aparecía, se ablandaba un poquito. En realidad, todos los personajes de *Resistiré* quebraban en algún momento, eso los humanizaba mucho. Y a mí también... El quiebre a fondo, además, en el caso de Rosario, daba lugar a que la cagadona de después no resultara tan obvia, tan imperdonable.

– Más allá de que te miraras casi como a una extraña y no te consagraras a medir tus méritos, esta especie de relanzamiento que tuviste con *Resistiré* ¿te llevó a replantearte en alguna forma tu carrera de actriz?

–Te puedo decir que nunca pensé lo mío como "una carrera" sino más bien como un oficio. De acá en más, no tengo ningún plan concreto. Ahora con el embarazo quizás mi cabeza esté en otros lados... aunque obviamente sigo pensando que mi vocación es ser actriz. Y aunque la tele este 2003 ha sido buena para mí, el teatro es algo que me fascina terriblemente, que me encantaría volver a intentar. Tengo pensadas algunas cosas, después de que nazca el bebe y pase un tiempito, me pondré en campaña. Siempre está la alternativa de generar mis propios proyectos. La obra de Schnitzler, *La señorita Elsa*, que hice en 2001 fue un emprendimiento mío: una adaptación para un solo personaje. Una hora contando la tragedia de Elsa, con esa crítica tan dura del autor. Me di el gusto de hacerla dirigida por Rafael Fernández. Me parece que el teatro es el mejor lugar para el actor, el de mayor libertad. Este verano quiero leer libros que quizás puedan adaptarse para la escena. El año pasado pensamos con Carolina Fal en escribir algo. Fue un momento, pero sería lindo que se concrete. Otro proyecto con el que fantaseé fue la Evita de Copi, en traje de baño clásico y gorra de bañista, esa Evita loca, maravillosa...

–¿Tenés claro que difícilmente haya otro *Resistiré* en tu vida?

–Sí, muy difícil que aparezca algo que se acerque a ese nivel y que me toque a mí. De todos modos, en el caso de volver a la tele querría que se tratara de un programa de calidad, que pudiera hacer con entusiasmo, convencida. Tampoco descarto la posibilidad de hacer cine.

–Estaría divertido que para variar hicieras el personaje de una chica más bien beata, virginal, pudorosa.

–Sería maravilloso, porque justamente me inquieta la idea de que me llamen para hacer a todas las trolas que anden sueltas en la tele. Por supuesto, no aceptaría ni a una. Ya no. Quiero otra cosa. Lo que no sé es si en los meses que me quedan de embarazo voy a estar tan tranquila: me llegó un guión para una película que haría en este estado, de Alejandro Chomsky: él es de amoldarse a las circunstancias. En la anterior suya, *Hoy y mañana*, que no se estrenó todavía, donde también actúo, cuando conoció a mi hija Valentina, la incorporó a la historia. Ahora me causa gracia que quiera incorporar mi embarazo a un personaje: si lo hago, voy a estar como de ocho meses...

–Se diría que no pensaste que era demasiado pronto para tener otro hijo, y evidentemente, tampoco hiciste cálculos sobre conveniencias laborales para aprovechar el efecto Rosario...

–No, no es mi estilo tomar ese tipo de previsiones. Yo siempre en medio del quilombo voy a fondo. Me tiro a todas las piletas cuando me parece que vale la pena hacerlo.

Pinamarizame toda

El verano argentino es tan pero tan digno de una película de Enrique Carreras que, si no fuera por las olas de patetismo misógino que crecen con la temperatura, hasta daría un poco de ternura. No vamos a sorprendernos a esta altura del partido de que los noticieros y los programas playeros que transmiten –vaya modernidad– en vivo desde alguna bonita costa, encuentren su mayor atractivo en enfocar las virtudes corporales de damas livianas de ropa. Tampoco vamos a horrorizarnos, claro, de las producciones de moda que quieren convencer a las lectoras de revistas femeninas a todo color de usar micro-mini-invisibles-bikinis (algo que por sí solo no basta, atención: primero hay que barrer con la celulitis, el color blanquecino que dejó el invierno, las estrías que salieron con los años... chapa y pintura, que le dicen). Y que conste que nada decimos aquí (de momento, nomás) sobre las ingeniosas publicidades del verano. Decíamos, no nos vamos a horrorizar ahora de cosas tan nimias porque lo importante es el nuevo furor del marketing para esta temporada 04. En Mar del Plata, por ejemplo, la competencia por la corona del parador más top de la costa llevó a los cráneos marketineros a planear una serie de atractivos imperdibles para las familias argentinas. ¿Shows? ¿Obras de teatro? ¿Recitales? ¿Cine? ¿Lecturas de poesía renacentista? Error, error, error. El truco hot de estos meses es la “pinamarización”: la transformación de un sencillito lugar cerca de las olas en... ¡estudio fotográfico de modelos en malla! Como para que no queden dudas sobre las intenciones de la movida, hace unos días una simpática crónica detallaba que “ella (la modelo Pampita Ardohain) fue la gran atracción del día” en el balneario auspiciado por una gaseosa. Así que ya saben: eso de que las chicas no son sólo bonitos objetos sexuales se suspende hasta próximo aviso. Después no vengan con que no las previnimos.





UN MISTERIO LLAMADO ADA



GUSTAVO MUJICA

De costureras a cancionistas

Ada Falcón era lo que se llamaba una cancionista: estaban en la radio, en las orquestas, eventualmente en el cine, pero apenas un par trascendieron y serán recordadas como algo más que portadoras de voces excepcionales. “Las historias de las cancionistas son todas extraordinarias y merecen, cada una, una película –dice Sergio Wolf–. Es un fenómeno relativamente efímero porque empiezan a aparecer con fuerza a comienzos de los ‘20 y se extinguen en los ‘40, cuando se impusieron las grandes orquestas y los que se mantuvieron fueron los hombres cantores y no ellas. Para las mujeres de esa época, el mundo del espectáculo, y el tango como centrode ese universo, era una vía de ascenso social y progreso económico posible. Tanto Rosita Quiroga como Mercedes Simone, Azucena Maizani, o la misma Ada Falcón venían de orígenes humildes, y el tango de esa primera etapa, inorgánico y expansivo, les dio la posibilidad de saltar de condición y no terminar en un destino de costureras, muy frecuente en aquel período. Como ocurrió con muchas cancionistas de la cultura popular en otros países –Zarah Leander en Suecia– o con muchas grandes actrices del llamado “cine mudo” –como Gloria Swanson–, el arribo del cine sonoro dejó en el camino a muchos talentos”. En el caso de Ada, como demuchas otras que no pudieron perpetuar su dimensión artística a través del cine –como Tita Merello o Libertad Lamarque–, el estrellato estaba, quizá,destinado a apagarse. O quizás es como decía Gloria Swanson en *El ocaso de una vida*: “Yo soy grande, son las películas las que se han vuelto pequeñas”. Tal vez Ada hubiera dicho: “Yo soy grande, es el tango el que se ha vuelto pequeño”.



MITOS Embrujados por la estela de la cancionista estrella de los años ‘30 que se llamó a silencio en pleno éxito, Lorena Muñoz y Sergio Wolf armaron pacientemente el rompecabezas hasta dar con Ada Falcón, ya anciana y recluida en un geriátrico de monjas. Sobre ella y la pasión por su vida que hilaron hábilmente en el film *Yo no sé qué me han hecho tus ojos* hablan en esta entrevista.

POR SANDRA CHAHER

Ada podría ser una heroína romántica pero con una diferencia que la hace interesante: siempre se mostró antisentimental. Nunca admitió ese gran amor que marcó toda su vida.” Sergio Wolf es el autor y realizador, junto con Lorena Muñoz, de *Yo no sé qué me han hecho tus ojos*, pero es también el hombre embrujado que como un sabueso hambriento rastrea construcciones que ya no existen, archivos donde nunca hubo información, calles oscuras, persiguiendo las huellas que pueda haber dejado quien en su momento fue una diva y que por esa misma condición construyó historias de misterio sobre su vida y destino. Una tarea difícil la que emprendieron, pero que nunca se pretende como realización.

Wolf y Muñoz no quieren develar el misterio de Ada Falcón, no al menos totalmente. Indagan con curiosidad periodística sobre su relación con Francisco Canaro. Buscan testigos –que casi no hay o no quieren hablar–, leen cartas –que dicen poco–, resucitan las revistas de la época –que terminan resultándoles documentos inútiles–. Y cuentan lo que ya todo el mundo sabía: que Ada tuvo un romance con Canaro, que lo abandonó y cuatro años después también dejó la radio y la escena recluyéndose en un pueblo de Córdoba, que él flirteaba con otras mujeres además de ella, y que ella cultivaba hábitos glamorosos –baños de espuma de dos horas, picadas en su descapotable hasta San Isidro para que el pelo se le secara con el aliento del viento–, pero que los abandonó para volverse una austera terciaria franciscana. Poco dicen, en cambio, de los innumerables rumores sobre su vida, o si los dejan entrever no buscan develarlos. *Yo no sé qué me han hecho tus ojos* es una película sobre la pasión y el misterio: la pasión de un hombre y una mujer; el misterio de una vida que prefirió el olvido consciente y altivo a la decadencia pública. Pero también la pasión de otro hombre y otra mujer –Wolf y Muñoz– por una voz, por una historia, por el misterio, y finalmente, por la revelación: la Ada de carne y hueso, anciana, senil, coqueta, selectivamente memoriosa.

Se dice que Francisco Canaro, el director de orquesta, el hombre poderoso, el mujeriego, escribió *Yo no sé qué me han hecho tus ojos* cegado por el reflejo que le devolvían esas dos ciénagas verdosas en las que se hundió locamente. Que Ada lo abandonó después de haber quedado embarazada de él. Que tras la ruptura él la mandó a buscar muchas veces. Que además de vivir con otra mujer mientras fue su amante, ya la engañaba con un nuevo amor cuando ella lo dejó. Que la espiaba desesperado de celos cuando Gardel se la llevaba al río y le pedía que le cantara ese vals inolvidable. Que después de la separación, ella lo llamaba por teléfono y le decía “mirá cómo gozo”, haciéndole escuchar los quejidos que le arrancaban los arrumacos de otros hombres. Que él nunca la olvidó... y que ella se ocupó de que así fuera. Valgan estos versos finales: Yo no sé qué me han hecho tus ojos/ que me embrujan con su resplandor,/sólo sé que yo llevo en el alma/ tu imagen marcada con el fuego del amor.

–En la película aparece sólo Sergio como el investigador embrujado por el mito. ¿Esa pasión por la historia de Ada es compartida?

Lorena Muñoz: Totalmente. En el primer proyecto del documental Sergio no iba a estar, estaba planteado en tercera persona. Pero cuando Marcelo Céspedes y Carmen Guarini se incorporaron como productores nos discutieron lo impersonal y lo primero que se nos ocurrió fue que Sergio apareciera como el investigador de *El Ciudadano*, de espaldas. Pero en el documental vas filmando y se va modificando la estructura. Y entonces surgió casi naturalmente que él apareciera como personaje.

Sergio Wolf: En realidad la primera escena en la que aparezco de frente es en la entrevista con Ada, porque ella está sorda y tengo que acercarme para que me escuche. Y las entrevistas las grabamos al principio, después vino el resto de la película. Entonces las cosas fueron mezclándose. También pasa que en esas escenas, en Córdoba, era invierno y hacía frío, por eso yo estoy con sobretodo. Y después dejamos el abrigo para el resto de la película porque daba con este personaje que busca y busca. Pero esa búsqueda, que está planteada ya en el primer guión, no tenía al principio un tono policial. Se volvió así porque todo lo que buscábamos no estaba. Nosotros decimos que hacer un documental en Argentina siempre es policial porque no encontrás nada.

L. M.: El protagonismo de Sergio también nos permitió que estuviera presente nuestra mirada, lo que nos pasa con Ada, con el cine, con la Argentina.

S. W.: Nosotros discutimos cierto modelo del documental en relación con los testigos. No hay contemporáneos de Ada para entrevistar. Están todos muertos. El único, Oscar Bassil, de la orquesta de Canaro, aparece pero no quiere contar lo que sabe. El documental tradicional no piensa esas ausencias creando otros personajes, sino buscando voces autorizadas, algo que nosotros no queríamos hacer.

–¿Qué los sedujo de la historia de Ada Falcón?

S. W.: Su reclusión. Yo me enteré de ese retiro pero di por sentado que estaba muerta. Al tiempo compramos un CD, escuchamos su voz, leímos lo que se decía de ella. Y ahí pensamos en hacer una película de ficción porque seguíamos creyendo que había muerto. La pasión no es algo que se da instantáneamente, es un proceso. Tiempo después un crítico de cine me dice que estaba viva, pero viejísima, que él ya tenía lista la necrológica (*risas*). Y ahí era obvio que sería un documental. Pero además, los dos nos dimos cuenta de que el enganche con ella tenía que ver con que nos hubiera gustado vivir en esa época. A mí no me interesa este momento. Las grandes décadas del arte y la construcción en el mundo fueron las del ‘20 y ‘30. En la Argentina fue un momento de bonanza cultural y económica en el que se da un diálogo curioso entre la cultura alta y la popular. Es la época de la efervescencia de Buenos Aires.

–En un momento Sergio se pregunta qué es una diva. ¿Qué diferenciaba a Ada de otras cancionistas de los años ‘30?

L. M.: Yo creo que es la única que se construye como diva, pero sin que sea un proceso consciente. Era muy miedosa y creo que eso la hizo rodearse de un aura enorme de misterio. No le gustaba que la escucharan cantar. Llegaba a la radio y los músicos tenían que estar del otro lado de una cortina.

S. W.: Hay que dividir entre diva y estrella. Libertad Lamarque era una estrella, pero Ada ponía distancia con la gente, el misterio, las anécdotas como las de los baños de espuma. Y la reclusión posterior es parte de lo mismo. Nunca más volvió a cantar en público. Ella decía: “Yo no estudié música ni sabía leer partituras. Llegaba a la radio y cantaba. Y si no les gustaba lo que hacía me iba”. Eso es una diva.

–No profundizaron en el vínculo con la madre, que parece que fue determinante en su vida.

L. M.: Sí, fue importante, pero quedó afuera, como muchos otros temas que creímos que nos iban a alejar de lo central. Pero ella vivió siempre con la madre, dormían juntas. Y cuando Ada se retira, lo hace con ella. Se van a vivir a Salsipuedes, en Córdoba.

S. W.: Y cuando la madre murió, se dice que Ada intentó suicidarse tirándose por la ventana del hospital. Después la encontraron vagando por Carlos Paz y la llevaron al geriátrico religioso donde nosotros la entrevistamos y donde murió.

L. M.: Ada tuvo la posibilidad de filmar una película en Hollywood. Parece que se tomaron “el vapor” con la madre y cuando llegaron a Río de Janeiro la madre no quiso seguir. Insistió y se bajaron del barco y se volvieron en tren.

–Cuando ella se retiró, en el ‘42, se hizo terciaria franciscana. ¿Cuán probable es que haya influido en esta decisión la vida que había llevado antes, tan licenciosa para la época?

S. W.: Puta a los 20 y monja a los 40 (*se ríe*). Creo que sí, que se retiró para purificarse. Pero nosotros no vamos a decir que ella era pecadora.

L. M.: Ella se hizo terciaria franciscana pero nunca estuvo en un convento. Creemos que no le permitieron ser monja por su pasado. Pero nuestra película es de amor al mito, por lo cual hay cosas que nunca vamos a contar. Cuando la conocimos nos planteamos si estaba bien romper con su juramento de retirarse y que nadie la viera más. Decidimos seguir porque creíamos que lo mejor era hacer un documental para no olvidarla. Y cuando murió y al entierro fueron 6 personas, ya no tuve dudas, no debía haber olvido.

–¿Por qué creen que les permitió entrevistarla después de tantos años de no aceptar ser vista públicamente?

L. M.: A ella la entrevistaron sólo dos veces desde el ‘42 hasta el ‘99 en que lo hicimos nosotros. Yo creo que a nosotros nos percibió enamorados de ella. Yo me sentía muy identificada. Entendía completamente que hubiera dejado todo por lo que creía. La primera vez que la vimos, ella me hablaba todo el tiempo a mí y yo lloraba mientras la escuchaba.

–El personaje que construye Sergio desaparece en el momento del encuentro con Ada. Es como si apareciera el hombre real: conmovido frente a una anciana con la que casi no puede entablar diálogo. Como un nieto con su abuela.

S. W.: Muchos amigos me hablaron de sus abuelos a partir de esta película. Es probable que yo me haya sentido como un nieto.

L. M.: Yo siento que todo el principio de la película es la parte pensada y el momento de la entrevista con ella es el directo, lo documental realmente.

–En la entrevista hay momentos en que ella aparece lúcida y otros en que no. Y en los temas difíciles como el amor o la relación con Canaro, sus respuestas son esquivas, lo cual deja abierta la incógnita sobre cuán consciente es de sus respuestas.

L. M.: Así fue la charla durante los siete días: momentos de extrema lucidez y otros que no.

S. W.: Creemos que tenía demencia senil o algo parecido. Las monjas nos habían dicho que ella no sabía leer y cuando yo le mostraba revistas las leía perfecto. Vos podés pensar lo que quieras de lo que ella dice. Yo creo que hay una zona indiscernible entre lo que puede ser la selección de la memoria en alguien de esa edad y su enfermedad. Es imposible saber. Como cuando en la escena final le pregunto si tuvo un gran amor y me dice: “No recuerdo”.

L. M.: Yo creo que de verdad no lo recuerda.

CHIVAS REGAL



Imágenes 2004

En la décima edición del tradicional calendario que realiza para colaborar con la Fundación Huésped en la lucha contra el hiv, la fotógrafa Gaby Herbstein privilegió la concientización de la necesidad de prevenir la infección de madres a hijos. Con ese norte, el calendario muestra producciones fotográficas protagonizadas por niños de entre 0 y 8 años, que recrean, con la ayuda de entrenadores de la farándula, frases de Neruda encarnadas en reproducciones de obras de Van Gogh, Kandinsky, Chagall y Klimt. Se consigue en locales de Mimo, librerías Yenny El Ateneo, Levi's y en *www.ayudaresgratis.com*



Niños en el aire

Hasta el Día de Reyes de 2004, todos los niños de entre 2 y 11 años que viajen por Alitalia van a hacerse acreedores de simpáticos regalitos como para mantener el clima festivo y findeañero en pleno vuelo. Cada bolso mochila llega a sus pequeños destinatarios con un block de notas, lápices de colores, un libro de stickers, cuentos para colorear y una cajita para que guarden recuerdos. Para mayor información, hay que ingresar a *www.alitalia.com.ar*, o llamar al 4310-9999.



Pelo ultramoderno

Se supo: "el secreto mejor guardado del mundo del rock" es una pomada para el pelo que conjuga el trabajo de profesionales de la moda y el glamour porteño de distintos rubros. Foto, diseño, maquillaje, estética y peinados son las facetas sobre las que investigaron gente como la fotógrafa Nora Lezano y el peinador estrella Oscar Fernández (de Roho) a la hora de lanzar Rockero Hi Fi, una cera para peinar que resulta ser la única fabricada en la Argentina. Se consigue en locales de Palermo, Belgrano, Recoleta, Barrio Norte y Caballito (y se puede encontrar más información en *www.rockerohifi.com.ar*).

ESCENA

Total

10 años pasaron ya desde que Los Susodichos pisó las tablas como un grupete de adolescentes y preadolescentes gozosos en su delirio talentoso. Desde entonces, fueron cuatro las obras memorablemente delirantes que desfilaron por la cartelera porteña, y ahora, como para demostrar que durante 2004 las cosas no tienen por qué cambiar para ellos, regresan a las andadas con la reposición de *Total*, la creación colectiva que estrenaron en mayo de 2003 (y que estuvo nada menos que seis meses en cartel). Próximamente, además, juran que saldrá el CD con sus canciones.

La Trastienda, Balcarce 460. Viernes a las 21 hs (estrena el 9 de enero). Entrada: 10 $.

MEDIOS

Diseño solidario

Gracias a un plan de extensión universitaria, los alumnos de una cátedra de tercer año de la carrera de Diseño Gráfico de la UBA se abocaron a proyectar la comunicación visual de *Diagonal*, la revista de una asociación civil que brinda sostén social y laboral a los "nuevos pobres", al tiempo que intenta ayudarlos a esquivar la situación de indigencia. El trabajo de los alumnos consistió en una campaña para concientizar, a través de afiches en vía pública, sobre la problemática de los sectores medios que, afectados por el desempleo y la crisis, sufren desempleo y situaciones habitacionales críticas. Comunicar el proyecto social de la reinserción del nuevo pobre en la comunidad, entonces, fue el norte. Felicitaciones.

TRAPITOS Y DEMAS



Detalles en los pies

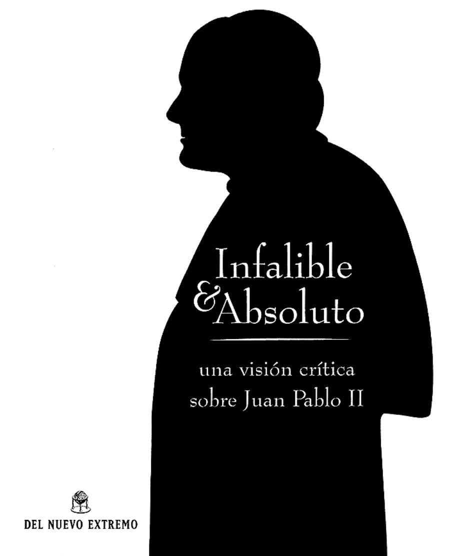
Silvia Lentino salió al ruedo con sus diseños de zapatos de edición limitada para el verano 03-04: piezas con detalles y terminaciones de corte artesanal elaboradas exclusivamente con materiales nobles, texturas y colores variados y terminaciones a mano. Además de algunas líneas más o menos clásicas, la colección incluye toques en pieles, plumas y canutillos, y puede completarse con cinturones y carteras. Se consiguen en el Solar de la Abadía.

Clásica y moderna

Materiales nobles y la seducción del blanco, que "significa la suma de todos los colores en cantidades perfectas", son la clave de las colecciones de la diseñadora Paz Alvarez Menéndez. Instalada con boutique propia en Barrio Norte (Juncal 1249) después de sus paseos por Palermo Viejo, Paz sigue incursionando en su estilo romántico ayudada por sedas salvajes, linos, organzas y muselinas en tonos pastel o presencias sabiamente saturadas. Ideal para el verano.



LEO



Verticalismo y restauración

Infalible y absoluto. Una visión crítica sobre Juan Pablo II (ed. Del Nuevo Extremo) es una seguidilla de instantáneas desbrozadas con la ayuda de saberes eruditos y mucho de política internacional a lo largo de las cuales Claudio Fantini analiza el pontificado del Papa que ya lleva 25 años en el sillón de San Pedro. La restauración conservadora que, poco a poco, fue destejiendo el legado de Juan XXIII y su espíritu de horizontalidad, el culto a la personalidad y la reconstrucción de un poder político que, paradójicamente, fue perdiendo fieles a medida que ganaba protagonismo mediático y poder de intervención en el sistema político internacional son sólo algunos de los ejes.

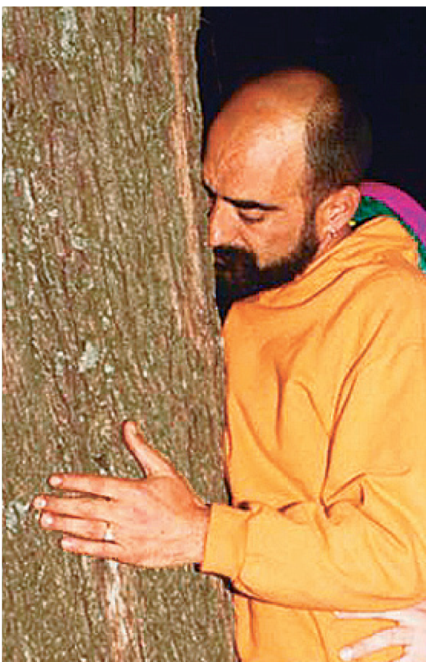


Caras fieras

Todo empezó hace un par de años, cuando un grupo de adolescentes comenzó a armar un proyecto de fotografía para las adolescentes de una villa del Bajo Flores. Con la experiencia, el entusiasmo creció, y las necesidades también, y por eso las chicas se lanzaron a hacer su propio almanaque, ilustrado enteramente con imágenes tomadas por ellas mismas. Con lo recaudado el año pasado, las Feas del Bajo pudieron comprar materiales para el taller, pagar revelados y copias de fotos, además de disfrutar de salidas grupales y aportar para sus primeras vacaciones solas. Y los proyectos inundan los meses de 2004, por lo que las Feas han puesto nuevamente a la venta un calendario completamente hecho por ellas. Sale 7$, tiene un formato mediano (18 x 26 cm) y está anillado.

Se lo puede pedir llamando al 4701-3555 o a feasbajoflores@yahoo.com

MOSTRAS



Muy cerca de las fotos

Indefinible, indescriptible, inasible, todos los -ibles habidos y por haber siempre serán pocos y escuetos a la hora de hablar sobre el eterno Sergio de Loof. Y mucho más, claro, si de lo que se trata es de hilvanar frases sobre su obra pasada, presente o futura. Por eso, lo mejor en este caso es asomar la naricita y dejarse llevar por lo que haya. De Loof estará por allí.

Braga Menéndez Schuster Darwin, Darwin 1154, loft 1 C, sector A.

CUERPO



Popular y solidario

Buenos Aires Social Club, el espacio multidisciplinario que viene organizando espectáculos a la gorra, muestras de arte y encuentros con los niños del Hogar San Benito, da comienzo en los próximos días a sus cursos de verano. Comedia musical, juegos teatrales, malabares, swing, narración, acrobacia aérea, teatro cómico, canto, improvisación y danzas árabes son solamente algunas de las muchísimas propuestas de actividades (para niños, adolescentes y adultos) para el verano. Como una de las metas básicas es facilitar una formación artística a la comunidad en general, para todos los casos el costo de la clase es de 3$ por hora. Sólo es cuestión de animarse a jugar y entregar el ánimo.

Las clases comienzan el 6 de enero. Armenia 1244, 3er piso, 4776-7117 (de lunes a viernes de 17 a 21 hs), o buenasartesocialclub@ciudad.com.ar

TALK SHOW POR MOIRA SOTO



Feminista ma non troppo

(Desde Nueva York, un adelanto de *Mona Lisa Smile,* la película que da cuenta –y colabora con– del desprestigio del college Wellesley)

Con su todavía cotizada sonrisa subrayada por el colágeno –poco que ver con los finos labios de la Mona Lisa de Leonardo–, Julia Roberts llega de California al tradicional college Wellesley, instalado en una espléndida mansión en las afueras de Boston, Massachusetts. A la casi destronada reina de la comedia le llegó la hora de encarnar a una profesora de arte con ínfulas feministas avant la lettre (de Betty Friedan y su *Mística de la femineidad*), decidida a alentar el máximo desarrollo profesional y a desalentar el modelo de reina del hogar (esposa y madre) como única carrera en las jóvenes estudiantes de clase alta, interpretadas por actrices de camadas más recientes como Kirsten Dunst, Julia Stiles, Maggie Gillenhaal...

La ilusa profesora Katherine Watson, tal el nombre del personaje de Roberts, llega un poco tarde a la universidad para mujeres fundada en 1875 por Pauline Cazenove y su marido Henry Fowle Durant, con metas bien diferentes a las que se proponen en 1953, año en que transcurre el futuro estreno *Mona Lisa Smile*. Porque hasta los ‘20 del siglo pasado, Wellesley, uno de los Seven Sisters Colleges (universidades para mujeres, entre las que figuran Vassar y Barnard, algunas de las cuales empezaron a admitir varones a fines de los ‘60), se caracterizó por su actitud progresista respecto de la educación de las mujeres, aspirando a convertirse en una especie de Harvard femenino. La economista y reformadora social Emily Greene Balch, Premio Nobel de la Paz 1946, y Katherine Lee Bates, autora de *America the Beautiful*, figuraron entre las profesoras del college, que fue el primero en el mundo en tener una rectora. Y de sus filas salieron personajes recientes tan conocidos como la ex secretaria de Estado Margaret Allbright, la inalterable Hilary Clinton, la escritora y cineasta Nora Ephron. Hacia fines del XIX y comienzos del XX, Wellesley –que más tarde incluyó a hombres en su staff de docentes– intentó llevar a la práctica la propuesta inicial de que las chicas tuvieran una educación a la par de la que recibían los varones de entonces, y en sus claustros se expandió el activismo por el sufragio femenino, los derechos laborales, las ideas socialistas. Las académicas pioneras lucharon contra difundidas teorías médicas que sostenían que la educación causaba infertilidad y enfermedades nerviosas (en las mujeres, claro). Pero en los ‘20, con la partida de algunas profesoras avanzaron las ideas reaccionarias, el college empezó a flexibilizar el programa de estudios y a dar lecciones sobre cómo ser una esposa perfecta.

Esta no es la historia que cuenta el film de Mike Newell –que tanto te hace *Cuatro bodas y un funeral* como el próximo *Harry Potter*– salvo en lo que refiere a los designios ya establecidos acerca de la carrera matrimonial como objetivo principal de las estudiantes. La profesora de arte recibe el primer chubasco cuando en la clase de apertura empieza a proyectar diapos y varias alumnas, con Joan Brandwyn (Stiles) a la cabeza, se adelantan a decir la información que acompaña esas imágenes, y luego abandonan con gesto despectivo el aula. Lo que sigue es la pugna de la profe tratando de hacerse valer frente a las tilingas que le han tocado, lo que la lleva al “subversivo” gesto de mostrarles un original de Jackson Pollock en Boston. Asimismo, Watson intenta confusamente transmitirles conceptos sobre las ventajas de la autonomía y el desarrollo de los propios talentos. Entre *Adiós Mr. Chips* y *La sociedad de los poetas muertos* en tono menor, Watson fracasa aun con su favorita Joan, que renuncia a doctorarse en Yale para casarse con un novio bastante zoquete (como casi todos los personajes masculinos). *Mona Lisa Smile* ofrece, eso sí, lustrosas y atractivas láminas de la moda de los ‘50 y un relato fluido aunque insustancial. Stiles, Gillenhaal, Juliet Stevenson (la enfermera que promueve el uso del diafragma y es expulsada) y sobre todo Marcia Gay Harden (trémula maestra de habilidades domésticas) dan realce por su cuenta a sus toscamente diseñados personajes. Una de las mejores escenas de la película –que no se priva de hacer oír la canción *Mona Lisa*– ocurre cuando Watson, harta de cabezas huecas para lo que no sea convertirse en reinas del hogar, les proyecta una serie de publicidades de la época protagonizadas por amas de casa en sus pulidas cocinas, arrobadas junto a sus electrodomésticos, lavando, planchando, cocinando. El colmo de la felicidad cuyo horizonte es una ventana con cortinas de voladito que da a un jardín con empalizada blanca...


AFP

La señora del Nobel

INTERNACIONALES **Para Shirin Ebadi, la abogada iraní que ganó el último Premio Nobel de la Paz, el Islam no es el problema para las mujeres sino una cultura patriarcal que les niega derechos fundamentales y considera a los hombres dueños "naturales" de los hijos. Premiada cuando su país es acusado de integrar el supuesto "eje del mal", es una de las voces que exige para Saddam Hussein "un juicio equitativo en una Corte internacional".**

POR MERCEDES LOPEZ SAN MIGUEL

Shirin Ebadi, de 56 años y primera jueza de Irán, fue galardonada en Oslo con el Premio Nobel de la Paz 2003 por su trabajo en la defensa de la democracia y los derechos humanos frente al fundamentalismo islámico. El galardón tiene una alta significación política: representa un espaldarazo al actual presidente iraní, el reformista Mohamed Jatami, frente al ultraconservador líder espiritual, Alí Jamenei (Ebadi jugó un rol clave en la llegada del primero al poder). Y cuando Irán, junto a Irak y Corea del Norte, forma parte del llamado "eje del mal" para el conquistador del Norte.

Era junio del 2000 y Shirin, entonces abogada, había juntado evidencia de que los mulás de línea dura estaban detrás de una serie de ataques contra intelectuales reformistas. "El temor, como el hambre, aparece, no importa si te gusta o no", dijo Ebadi en ese momento, cuando asumía los riesgos de encarcelación por ser profesora de leyes y activista. Para ese entonces se convirtió en jueza. Durante 23 días estuvo confinada en una celda donde pasaba el tiempo leyendo el Corán hasta que la liberaran, pero no fue la única vez que recibió una condena. Más tarde se la acusó de difamar la República Islámica y recibió dos años de suspensión del ejercicio de la ley. Ebadi denunció en reiteradas veces complots de los ultraconservadores en contra del gobierno del reformista Jatami.

La Revolución Islámica comandada por el ayatola Jomeini (1979) la volcó a la militancia por los derechos de la mujer y, en consecuencia natural, los derechos de los niños. Actualmente está a cargo de la Organización para los Niños Iraníes en la capital iraní (gestada en 1998 incluso sin el permiso del gobierno), donde una colaboradora explicó por teléfono que Shirin estaba de viaje, porque alterna su estadía entre Teherán y Europa, especialmente en París. "Toda persona que trabaja por los derechos humanos en Irán debe vivir con miedo; pero he aprendido a controlarlo", ha señalado Ebadi. Comentadores de la prensa conservadora local la acusan de ser una "herramienta de Occidente". Los iraníes de línea dura están enojados con ella porque ha sacado a la luz los delitos del régimen islámico y ha cuestionado el derecho de los mulás a imponer su ley. Ebadi cree que el sistema representativo del Islam es reformable y el primer paso debería ser "que las autoridades religiosas interpreten correctamente las bases de la ley coránica". Ebadi escribió 11 libros en derredor de los derechos humanos, el que le ganó reputación en su país fue *Los derechos del niño* (1988), primero en Irán en argumentar sobre el tema.

Para esta mujer que no viste el obligatorio chador ni el foulard islámico, el problema no radica en el Islam sino en la cultura patriarcal; un Estado que considera a los hombres como los dueños lógicos de sus hijos. Shirin exige las reformas de la familia iraní –divorcio, tenenciade hijos, etc.– y más: ha declarado que se propone colaborar con toda organización no gubernamental para trabajar en temas desde el maltrato de la mujer en el hogar hasta la limpieza de minas, peligrosos resabios de la guerra Irán-Irak de 1982-88. La flamante Premio Nobel manifestó a la prensa que el reciente capturado ex presidente iraquí, Saddam Hussein, "debe tener un juicio equitativo ante un tribunal internacionalmente competente". Teherán responsabiliza a Saddam por esa guerra que dejó cientos de miles de muertos iraníes. Pero hoy la presencia de las fuerzas norteamericanas y de sus socios en el invadido Irak funciona de suerte de aviso para Irán. Las armas de destrucción masiva de las que habló Washington –y que nunca halló, e incluso de las que se mofa Bush con declaraciones recientes como "¿cuál es la diferencia?"– justificaron su política "preventiva" y vale recordar que acusa a Irán de desarrollar arsenal nuclear. Actualmente la Casa Blanca presiona para las inspecciones de la ONU en suelo iraní, una historia ya conocida.

El Comité Nobel noruego argumentó que Ebadi "adoptó posiciones claras y fuertes en su país y fuera de sus fronteras". El premio está cargado de simbolismo porque Ebadi no es una típica feminista de Occidente sino una mujer musulmana que cree que el Islam es compatible con los derechos humanos, en ese sentido, no un sistema democrático impuesto por las potencias occidentales en busca de "liberar" los pueblos y luego irónicamente condenarles la deuda externa. La jurista forma parte de un conglomerado de mujeres musulmanas y jóvenes estudiantes alineados a una idea de apertura del Irán islámico. Sobre las especulaciones de si Ebadi ahora podría aspirar a un cargo político, quizás una banca en el Parlamento en el 2004, la Nobel ha rechazado de plano esa idea: "Son los políticos los que violan los derechos humanos", dijo a la revista *Time* este mes. Insiste con que lo importante "es que los iraníes construyamos juntos una democracia. Nuestro país no necesita un héroe".

conociendo a Miss Susan



RESISTENCIAS **Fue maestra en un secundario de Brooklyn. Cuando se jubiló, decidió viajar por América latina. Llegó a Cuba y se quedó. Pero no para hacer turismo: montó talleres de teatro para cubanos con sida y lo registró todo en un documental que se verá el año próximo a nivel mundial. Además de luchar contra el virus, se autoproclama como una estadounidense más en la cruzada contra Bush.**

POR FERNANDA NICOLINI

Susan Metz desdibuja cualquier imagen de norteamericana tipo que uno pueda tener en la cabeza. Antes de la entrevista con **Las/12**, recorre varias disquerías de la avenida Corrientes en busca del CD de León Gieco *De Ushuaia a La Quiaca*. Le dicen que no lo tienen, que está agotado. Resignada y como si su búsqueda despertara extrañeza, se ataja, en un español impecable: "Los yanquis, como nos dicen, somos 268 millones, ¿cómo vamos a ser todos iguales? Algunos adoramos a Gieco". Sonríe. Busca complicidad. Esta mujer, de 60 años, psicóloga, profesora de teatro y maestra durante muchos años en un secundario de Brooklyn, destruye estereotipos.

Estuvo hace unos días en Buenos Aires para presentar un documental, *Viviendo con VIH en Cuba*. Para hacerlo, filmó talleres de playback –una conocida técnica de teatro espontáneo– que ella misma montó con cubanos que viven con el virus del sida. Junto a Belkis Vega, productora de televisión de La Habana, previamente entrevistaron a más de sesenta personas. Once fueron seleccionadas para el film. María Julia, por ejemplo, que se infectó de su marido cuando éste volvió de las luchas anti-apartheid en Sudáfrica. O Carlitos Borbón, que sueña con la vacuna.

Susan no tiene VIH. El virus, de todas maneras, se le fue acercando tanto que el dolor se volvió insoportable. La combinación Cuba-VIH-playback se conjugó a partir de un sueño adolescente tardío que para ella devino en una suerte de militancia. A los 53 ya estaba jubilada. Se sentía muy joven. "Con mucha vida productiva por delante", dice. Soltera, sin hijos ("no sé por qué, siendo tan enamoradiza"), juntó dinero y se largó a recorrer América latina, su sueño pendiente. Así fue como llegó a Cuba. La isla la envolvió. Quedó fascinada con Fidel Castro, con la Revolución, con los abrazos de la gente. Empezó a ir y venir para estudiar las instituciones sociales. Sorteó el bloqueo como pudo, intentó controlar la mezcla de paranoia y temor que la invadía por engrosar la lista de los estadounidenses que viajan a la isla sin permiso y venció la desconfianza inicial de los cubanos. Pero cada vez que volvía a su casa de Brooklyn, algún vecino había empeorado. El virus no para.

"Durante los '90 perdí muchos amigos a causa de la epidemia –lamenta–. Demasiados." Le tiembla la voz y hace largas pausas. Quiere que nos sentemos un rato en el Paseo La Plaza; el tráfico de Corrientes la aturde. Pide una gaseosa, apura un sorbo y suspira. "La pérdida más dura fue cuando Marc, mi mejor amigo, murió después de una larga agonía –otra pausa, aclara la voz–. El no pudo acceder a la terapia de la triple antirretroviral que ahora permite vivir dignamente a aquellos que la pueden pagar."

Ya instalada en La Habana, a principios del 2000, en una de esas tardes en las que el mar, según describe, "es un suave murmullo", se puso a recordar a Marc. Con ella estaba Belkis Vega, la productora habanera. De pronto, las dos se largaron a llorar. De bronca. De impotencia. "No podía ser que estuviéramos sin hacer nada", se reprocha ahora, indignada como entonces. Por eso convinieron aportar lo que cada una de ellas sabía hacer mejor: Susan armaría talleres de playback para quienes viven con VIH en Cuba y Belkis registraría todo en un documental. Las autoridades cubanas le dieron pase libre como *guest-artist* –en su calidad de representante de la Red Internacional de Playback– y apoyaron el proyecto. También hicieron su aporte Onusida y algunos artistas cubanos con la donación de sus obras.

SIN TELON

"¡Cómo no encontrar resistencia en Cuba si hasta a mí me da vergüenza que sepan de dónde soy!", exclama Susan. Pero los talleres de teatro actuaron como puente. El arte quiebra prejuicios, dice, genera comunidad. El playback, específicamente, es una técnica de teatro espontáneo: un miembro del público cuenta una vivencia personal, titula la obra y los actores improvisan lo relatado. Cuando era maestra, Susan lo practicaba con sus alumnos. En Cuba entrenó a un grupo de actores y seleccionó a 11 narradores con VIH para el documental.

Uno de ellos es Carlitos Borbón. El film termina con su voz: "Yo siempre digo que me infecté de modo natural. Porque era lo más normal que me podía suceder teniendo sexo sin protección en la última década del siglo XX. Tenía veinte años. Pero me ha permitido a esta altura haber vivido toda mi vida sexual a pesar del virus y adaptarme. Nunca antes de tener sida vi el cielo tan azul. Jamás he nadado en el mar como lo hago ahora, ni he bailado una madrugada o saboreado tanto el café por la mañana. Me da ganas de hacer tantas cosas".

Cuba es el país con menor tasa de infección de sida en el mundo. La prevalencia actual de la enfermedad en la población de entre 15 y 49 años es del 0,05 por ciento: en EE.UU. es veinte veces más. Después de una primera etapa de estigmatización de los infectados, hoy en día –a pesar de las restricciones obvias del bloqueo– el gobierno cubano produce los antirretrovirales y los provee en forma gratuita.

"Pero a pesar de todo hay discriminación –advierte Susan–. Los que viven con VIH necesitan contar lo que les pasa sin que alguien los juzgue o señale. Eso se logra a través del playback y es lo que se ve en el documental: ellos pueden contar su historia con la seguridad de que nadie va a buscar culpables."

POR LA VUELTA

"Siempre que vuelvo de Cuba, me odio por tener tantas cosas. Pero es inevitable. En Estados Unidos todo dice *cómprame*, y yo caigo", reconoce, consciente de que al pisar el aeropuerto, el principio de austeridad entra en letargo. Pero sólo por un mes. En febrero volverá a la isla para completar algunos detalles del documental. El Instituto Cubano de Arte e Industria Cinematográfica (Icaic) ya se comprometió a lanzarlo en el país, y las gestiones para que en el 2004 se pueda ver a nivel mundial están avanzadas.

¿Un deseo? Que sean dos, pide. "Que Fidel participe en uno de los talleres –se anima–. Estoy segura de que va a hacerlo porque siempre que surge algo nuevo, él quiere saber de qué se trata." El segundo deseo: "Volver el año que viene a la Argentina, repetir la experiencia de Cuba, y que me feliciten por haber vencido a Bush". Su rostro otra vez pierde suavidad. "Porque si este gobierno vuelve a ganar –continúa–, van a seguir sufriendo los cubanos, y los norteamericanos con VIH que no tienen seguro médico, y Afganistán e Irak. Si Bush vuelve a robar la elección, *we are fucked*."


MARUJA TORRES


MARIA FIORENTINO

ser mujer no es ser madre

SOCIEDAD Una de cada diez mujeres argentinas no es madre. sin embargo, cincuenta años de feminismo mediante, para el imaginario social ser mujer y no ser mamá es como llevarse una materia a marzo en el boletín de la feminidad. ¿Por qué?

POR LUCIANA PEKER

No tengo instinto maternal. Me importa pensar que pasé por este mundo y alguien me leyó. Pero no creo en la reproducción. Por eso no me arrepiento de no haber tenido hijos", declaró la escritora y periodista española Maruja Torres, de 60 años. La humorista Maitena cuenta que ella creía que las mujeres alteradas que inventó hablando (en diálogos tan íntimos como los de un baño o una charla de teléfono) sobre los hombres, la celulitis, la búsqueda de los hombres, la depilación, la ropa, las madres, el trabajo, la separación de los hombres, el pelo, las salidas, el paso del tiempo... sólo podían ser argentinas. Pero el éxito la sorprendió en España. Y lo más sorprendente es que, más allá de alguna que otra traducción idiomática, el universo femenino era el mismo. Salvo, por una pequeña cuestión: los hijos. En la Argentina casi todas las mujeres –independientes, liberales, universitarias, lo que sea– tienen hijos. O dicen desear tenerlos. En España no. O sea: están las que sí y están las que no.

"¿Cómo nos sentimos de verdad, en lo más hondo, frente a la maternidad y la no maternidad? ¿Qué mitos, qué sueños y qué miedos se ocultan ahí y cómo podemos expresarlos?", se pregunta la escritora y periodista Rosa Montero en el libro *La loca de la casa*. Y, como una respuesta personal, apunta: "Aunque a los 52 años haya otras mujeres que sí tienen hijos puedo asegurar que éste no será mi caso. El hecho de no tener hijos me permite hacer una vida mucho más libre".

El abecé del feminismo fue extirpar el dictamen que aseguraba que el instinto maternal, el rosa y la cocina no venían en el genoma femenino. Muchas mujeres después eligieron –entre otras cosas y sin contradicción— la maternidad, el rosa o la cocina. Pero, aún hoy, en la Argentina es difícil que una mujer se anime –como Maruja Torres– a decir que no tiene instinto maternal. Aun cuando una de cada diez argentinas no tiene hijos.

Las primeras feministas argentinas, las que, por ejemplo, en 1920, llevaron a cabo un simulacro de votación donde las mujeres podían ser votantes y votadas, no tenían entre sus objetivos desligar la feminidad de la maternidad. En el libro *Historia de las mujeres en la Argentina (Siglo XX)*, la historiadora Marcela María Alejandra Nari puntualiza: "Las feministas aceptaron la maternidad como clave de la feminidad. Todas las mujeres, más allá de las diferencias sociales, compartían la capacidad y la experiencia de la maternidad. Era lo que las acercaba y las volvía idénticas. Era la plataforma de la solidaridad. Pero las feministas intentaron reformular la maternidad. No cuestionaron que constituyera una 'misión natural' para las mujeres, pero fundamentalmente la consideraron una 'función social'. Puesto que eran o podían ser madres no podía privarse a las mujeres de derechos civiles, sociales y políticos".

Tal vez sea este origen nacional de la lucha por los derechos de las mujeres lo que haga que en la Argentina no tener hijos sea una excepción, rara, y una elección, difícil, para las pocas que se atreven a decidirlo y decirlo. Y acreciente el dolor de las que, a pesar de querer, no pueden tenerlos (por razones biológicas, falta de proyecto de familia u otros motivos).

"Yo no quiero tener hijos. Y no tengo forma de justificarme. Aunque lo intenté. Porque si bien la decisión es muy personal, lo cierto es que cuestiona un valor cultural y social tan arraigado que una se la pasa explicando por qué. Tanto es así que a mis 33 años debí saltar varias piedras en el camino hacia la no maternidad. Como la oscura advertencia de mi mamá, quien desde su más profundo amor me dijo: 'Cuando seas grande te vas a arrepentir de esta decisión y ya no vas a poder hacer nada'. O la opinión de mi tía que, mirándome con una mezcla de lástima y el más rancio desprecio, calificó de egoísta mi resolución. Pero la odisea no termina ahí. Porque las estocadas de mi familia dejaron algunas marcas, que al tiempo se transformaron en fantasmas. Para colmo, varias de mis amigas (independientes, profesionales y liberadas ellas) se embarazaron y, felices, dieron a luz bebés preciosos. Ah, querida, te la regalo estar en mis pantalones por esos días –relata Marina Ortiz, licenciada en Letras, y en pareja–. La crisis fue tremenda. Las palabras de mi mamá me taladraban la cabeza. ¿Seré una mujer infeliz, incompleta, amargada y resentida por no tener hijos? Yo creo que no. Simplemente porque deseo otras cosas. Y disfruto de buscarlas, conseguirlas y disfrutarlas. Ser madre no es una de ellas."

Aunque, en realidad, Marina no es una mujer excepcional. El 12,2 por ciento de las mujeres de entre 35 y 39 años no tiene hijos, según el Censo Nacional de Población, Hogares y Viviendas (Indec), del 2001. Entre las mujeres de 25 a 29 años el 36,7 por ciento no es madre (pero aún puede serlo) y entre las de 45 a 49 años el 9,1 por ciento no tiene hijos (aunque, en realidad, en muchos casos las mujeres declaran no haber tenido hijos si ellos fallecieron). En definitiva, una de cada diez mujeres argentinas no es mamá. Pero pareciera que, todavía, para el imaginario social ser mujer y no ser mamá es como llevarse una materia a marzo en el boletín de la feminidad.

"Para ser madre se necesita capacidad de postergación. Y no todas las mujeres la tienen. Hay mujeres que no desean ser madres, pero tienen dificultad en asumir su no deseo porque el mito de la maternidad es el mito fundante de la identidad femenina –subraya la psicóloga Irene Fridman, codirectora del programa de actualización de Psicoanálisis y Género–. Y, aunque ya haya 50 años de feminismo en el camino y las cosas estén cambiando lentamente, el patriarcado no se quebró y la cultura modeliza, incluso, los deseos."

Tener hijos es dar y recibir, quitarse y reproducirse. No es malo siempre que no sea un encierro, aun por presiones sociales invisibles o transparentadas por las presuntas "buenas intenciones". Lo llamativo es que las presiones sean las mismas ahora que cuando la escritora


CARMEN ARGIBAY


ROSA MONTERO

María Esther de Miguel (ya fallecida) era chica. “Mis recuerdos personales afirman que mi mamá estaba empecinada en el casamiento y el engorde, y de las conversaciones de ella con sus amigas yo, aun adolescente, había sacado una conclusión definitiva: todas las mamás quieren ver a sus hijos fuera del ejército y a sus hijas camino al altar”, escribió María Esther en su biografía *Ayer, hoy, todavía*, donde, reiteradamente, cita su falta de costumbre en criar hijos o trajinar con niños.

Hay muchas argentinas célebres que, como ella, muestran un modelo de feminidad en donde la realización no está ligada con la maternidad. Por ejemplo, Silvia Quadrelli (presidenta honoraria en la Argentina de Médicos del Mundo que actuó en la guerra de Irak y en la de Afganistán), Carmen Argibay (jueza en el Tribunal Internacional de La Haya y candidata a la Corte Suprema de Justicia) o Mariana Weissman (física e investigadora del Conicet que recibió el premio L’Oréal-Unesco For Women in Science). Sin embargo, aun en un país donde las mujeres son mayoría en las universidades y la inserción laboral está legitimada, estudiar y trabajar no alcanza para ser mujer. En este punto, lo cuestionable no es que las mujeres que estudian y trabajan elijan ser madres sino que ser mujer siga siendo ser madre. Sin elección. Aún hoy.

“En las sociedades hispanoamericanas contemporáneas la figura de la madre acarrea prestigio social a las mujeres. La exaltación de la maternidad por encima de otras funciones sociales posee sin duda consecuencias decisivas para las concepciones de lo que es ser mujer en términos sociales”, escribieron las doctoras en sociología Orlandina de Oliveira y Marina Ariza en el libro *Familia, trabajo y género*, editado en Argentina por Unicef y el Fondo de Cultura Económica en el 2003.

Con este concepto coincide Ana María Fernández, profesora de la Facultad de Psicología y autora del libro *La mujer de la ilusión*: “En este país hay un espejismo de igualdad por el ingreso masivo de las mujeres a la universidad y porque hay muchas profesionales de clase media que hacen una vida independiente; sin embargo, los estereotipos de género siguen siendo muy marcados y no hay lugar en las relaciones amorosas para dos personas con igual protagonismo, por eso, también hay tantas mujeres solas”.

El nuevo mandato social parece exigirle TODO a las mujeres: madres, modernas, producidas, cuidadas, inteligentes, informadas, dedicadas. Y lo que no se hace queda como tarea. “Me queda pendiente para otra vida tener un par de hijos”, declaró Norma Pons a los 60 años. María Fiorentino es una de las pocas mujeres que muestran su falta de maternidad como una elección y no como una estaca del azar: “Yo he sido toda la vida un ser muy libre: me gusta trabajar todo el tiempo, viajar, disfrutar. En *La muerte de Artemio Cruz*, Carlos Fuentes dice que cada vez que elegís cerrás la puerta de algo y que, llegado un momento, tu elección y tu destino son lo mismo. Un hijo es una elección determinante. Yo renuncié a conocer un tipo de amor y no renuncié a perder mi libertad. Yo decidí no tener un hijo y no es que el destino no lo quiso. No lo quise yo”, reafirma la actriz y profesora de teatro, a los 53 años.

“Es cierto que con un hijo uno pierde libertad para montones de cosas y también que uno se pierde un montón de cosas por no tener un hijo, el problema es que la presión social marcaría que uno es el camino correcto y el otro no. El punto es que no tiene que estar el mandato pro maternidad, ni el no mandato, tiene que estar la posibilidad de elegir”, remarca la psicóloga Lilian Fischer.

Tal vez María pudo respetar su propio deseo porque también se lo respetaron a ella. “No tener hijos es una elección de vida que debería ser respetada. Mi vieja jamás me dijo: ‘¿No voy a tener un nieto?’ y eso que le encantan los chicos. Pero ella aceptó de buen grado mi decisión. Un día en una charla me dijo: ‘No tejeré batitas pero hay muchas batas para muchos hijos que tenés todos los años’, en referencia a mis trabajos, mi libro, mi escuela –describe María–. Además, mis alumnos son hijos de la vida, y si por ellos me hago tantos problemas, agradezco al cielo no haber tenido hijos propios...”

La insistencia del deseo de un hijo

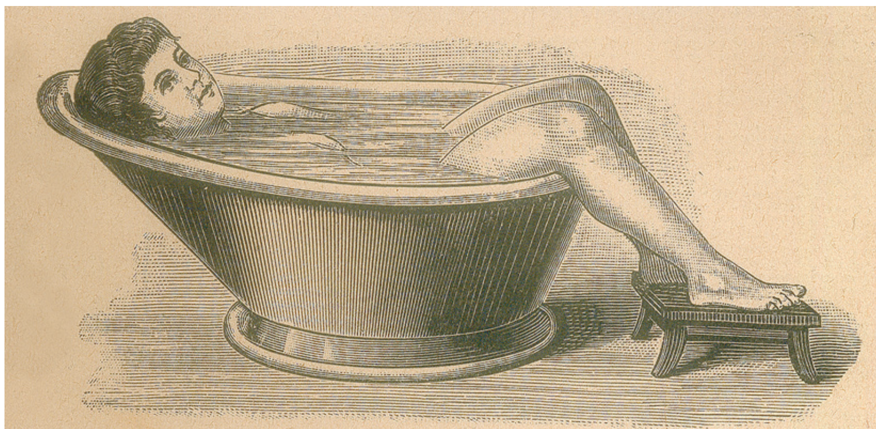
POR IRENE MELER

Durante siglos la maternidad no fue un deseo sino un mandato, y la infertilidad, una maldición. Si bien durante la Modernidad se acotó el número de nacimientos esperados, la opción por no tener hijos constituyó una situación impensable, una imposibilidad dentro del registro imaginario moderno. Es en la posmodernidad cuando surge como una alternativa reconocida de modo creciente que algunas mujeres no deseen tener hijos. En general esta elección se produce en mujeres educadas, que han desplegado un fuerte proceso de individuación. Su proyecto vital se organiza en torno de sus logros educativos y laborales. Su deseo de ser, su afán por ser reconocidas, no deriva de la posibilidad de crear en sus cuerpos otros seres, ni del arte de humanizarlos a través de la crianza. En ellas el nexo ancestral que las mujeres han mantenido con la especie, con lo colectivo, con la continuidad transgeneracional, se ha roto. Como muchos varones, ellas son individuos. Este proceso de individuación constituye un logro histórico. El individuo emerge de la masa, del grupo, del colectivo constituido por el linaje, el clan, la tribu y se discrimina, se autonomiza, pero también se aísla.

Que esta opción se haya hecho posible depende de factores demográficos, tales como la superpoblación del planeta, y de un proceso político que ha promovido que los dos colectivos sexuales, que han constituido al mismo tiempo dos estamentos sociales con desigualdades notorias de poder, transiten el camino hacia la paridad.

La maternidad opcional devuelve dignidad a la práctica de la crianza. El derecho a regular la fertilidad mediante la anticoncepción, y cuando ésta falla, a través de la interrupción de los embarazos no deseados, permite que el acto imprescindible de adoptar a los propios hijos, de aceptarlos e integrarlos a una existencia que no es solamente biológica sino sobre todo psíquica y social, adquiera sentido. Los varones tuvieron siempre la prerrogativa de aceptar, reconocer a un hijo, o rechazarlo, desconocerlo y condenarlo a la ilegitimidad o el abandono. Las mujeres de los sectores desarrollados están accediendo a un poder menos destructivo, que es simplemente el de negarse a dar vida.

Sin embargo, no es una decisión sencilla, y se presentan conflictos que a veces aparecen cuando la capacidad biológica para la reproducción ya ha caducado. En ocasiones, una mujer madura vuelve sobre sus pasos y adopta un niño, o recurre a las nuevas tecnologías reproductivas para acceder a esa maternidad que antes rechazó. Los motivos son diversos para cada situación. En algunos casos la decisión pasa por el dolor que causa no tener lo que todas tienen, o no ser lo que se supone que se debe ser. Esas son las malas razones, derivadas de la presión de la rivalidad y del sometimiento a la tradición. Pero también hay buenas razones, y ésas derivan del hecho de que, cuando se llega a una meta anhelada, a veces es posible volver, pero nunca se retorna al punto de partida. Solamente quienes han luchado duramente para acceder a la individuación, para sustraerse del yugo de la especie, para elegir su destino, pueden, una vez recorrido ese camino, percibir que la autonomía es en parte ilusoria y que todos estamos interconectados, como puntos de un tejido, como nudos de una red. Pero ésta no es la conciencia de una obrera anónima que da vida y la propaga sin ser en sí misma un sujeto psíquico. Es la opción de un sujeto que es a la vez individual y colectivo, que necesita cobrar la deuda histórica que la humanidad tiene con sus mujeres, acceder a su crecimiento, para reencontrar la solidaridad, el placer en el vínculo, pero desde otro lugar.





PONJAS Y ESPONJAS

Esta sí que seguro no se la esperaban: secretitos de belleza japoneses para comenzar resplandecientes 2004, siempre recordando que no hay nada mejor que la hermosura espiritual para dejar un tendal de admiradores de los interiores suntuosos. Primer dato a tener en cuenta: los utensilios con que trabajaremos, el primero de ellos un saquito o bolsita –de seda para las aristócratas, de algodón para las burguesas, según la tradición nipona– que ha de llenarse de polvos limpiadores (ni odex ni puloil, desde luego); también es imprescindible la esponja de konnayaku que retiene las toxinas y da aspecto satinado a la piel. En el mencionado saquito se puede introducir, para el lavado del cuerpo, harina de arroz (rinde 2-3 baños) o algas remojadas (verde oscuro, rojas o marrones). Después de higienizar el rostro, nada más indicado, amigas, que un golpe de sake (si, el vinito de arroz) aplicado puro con una gasita: calma, ilumina, refresca (todo lo contrario si se lo bebe: excita y aporta deliciosas calorías). Si ya se sienten ponjas de corazón, kimono sedoso al alcance de la mano, pueden permitirse el osado baño al ajo. Es verdad que existen sales inodoras de esta lilácea, pero nada más efectivo que el ajo natural: fortifica, cura neuralgias, reumatismos, dolores musculares, insomnio... en fin, casi todo, porque además es eficaz en contusiones, eczemas, dolores menstruales. Bueno, tal si fueran a preparar un aglio-olio para los spaghetti, pelar unos cuanto dientes y dejarlos caer en un poco de agua muy caliente en la bañera o tsina, para que suelten sus sustancias sanadoras. Al ratito, añadir agua tibia a gusto, deslizarse sin remilgos y permanecer unos diez minutos. Repetir con la frecuencia que se desee. Si el ajo no les crea incordios sociales o de relación y se cumplen los resultados prometidos, bien pueden completar el tratamiento con un tónico sobre la base de ese ingrediente, a saber: un decilitro de shochu (o vodka) y dos cabezas de ajo. Pelar los dientes, ponerlos en una botella mediana, verter encima el alcohol, cerrar herméticamente y –eso sí, con paciencia china– esperar un año. Es decir que al iniciarse 2005 podrán empezar a tomar una cucharada de este poderoso tónico por día. Y entonces si que... que las pare Magoya cuando anden por ahí retozando y vendiendo salud.



Verano: época más calurosa del año.

Es sinónimo de vacaciones, ciudades vacías y sol asomando desde bien tempranito. Esa parsimonia casi aventurera es contagiosa (y no diferencia entre vacacionistas y no vacacionistas), pero no alcanza, ni siquiera así, para pactar algún tipo de tregua. Por eso, es una época en la que florecen, como regadas por un rocío de lo más fértil y amable, especies que pocas teorías abocadas a la fauna humana pueden explicar, a saber: modelos promocionando playas, ingeniosos programas desde las playas, lo que sea que incluya chicas en malla y demás ¿variantes? Por insondables motivos, además, resulta la temporada propicia para el lanzamiento de programas de televisión femeninos conducidos por chicas re pero re osadas e inteligentes (estén atentas a la pantalla, ya verán) que demoran bien poco en revalorizar todos los estereotipos habidos y por haber, o para cimentar carreras edulcoradas (y más bien banales) y disfrazarlas de rigurosa trayectoria profesional. El pronóstico indica que difícilmente tamaño temporal amaine en breve, pero por las dudas recomienda no perder las esperanzas.

CONSEJOS
DE MARU
BON BOM

CONVIERTASE EN DOMINATRIX POR UNA NOCHE



MARU RECOMIENDA: ANTES DE DAR LO QUE OTRO/A SE MERECE SEPA QUE TODO LO QUE VA SIEMPRE VUELVE.

(Y NO SE DEJE LLAMAR MARTA)

consultas, dudas crueles y otras yerbas:
marubonbom@pagina12.com.ar

Queridas amigas, el año ha terminado y es hora de empezar de nuevo. ¿Por qué no, entonces, probar un disfraz nuevo, un juego de roles, unas nalgadas o unas sugestivas marcas de uñas allí donde la carne es generosa? ¿Acaso el *Kamasutra* no dice claramente que las cicatrices de la pasión no hacen más que convocar amantes como abejas a la miel? Y la miel que ustedes tienen, amigas mías, es de esas que lejos de empalagar crean adicción siempre que usted sepa dosificarla, cuando no adornarla otorgándole el valor agregado que toda materia prima que se precie necesita. Entonces, antes de desechar esta idea, pruebe, conviértase, saque esa fiera indomable que se agita en su pecho y no olvide estos humildes consejos:

1. No fuerce la situación: Si advierte que en los ojos de su pareja y/o amante de turno asoma un lagrimón, afloje las amarras, recuerde que si corta la circulación de algún miembro también puede terminar cercenando el mismo. Sepa que no es tiempo de andar dañando impunemente a un partenaire activo (o pasivo) que después querrá hacer uso, y con razón, del muñón que le dejó en las partes.

2. Dar azotes es sólo un juego: Y nada más que un juego. Si usted tiene cuentas pendientes con quien se anima a caer bajo su dominio, es cosa artera cobrárselas cuando está indefenso/a. Las nalgadas no son para hacer justicia sino delicias.

3. Tenga a mano el botiquín: Y sí, es justo y necesario auxiliar a quien lo necesita en el momento adecuado. Además, ya sabemos, después de la tormenta llega la calma y hasta el más herido de los animales lame la mano de quien le ha curado la herida. Aun cuando sea la misma persona que se la produjo. Por las dudas, tenga también a mano un consentimiento informado, no vaya a ser cosa que cuando llegue la calma arribe también la conciencia y sea usted destinataria/o de juicios penales.

4. Use uñas postizas: Y no esculpidas, ya que son tanto o más dañinas que las verdaderas, una marquita está bien pero tampoco hay por qué dejar recuerdos imborrables, que para eso está la magnífica personalidad de cada una/o. En las jugueterías se consiguen a muy bajo precio unas preciosas prótesis para uñas comidas que bien pueden construir un disfraz vistoso pero inofensivo.

5. La dominatrix es usted: ¿Y entonces por qué no aprovechar? ¿Por qué no decirle que forma parte del juego que él o ella, según los gustos de cada quien, debe responder a sus órdenes y pasar el trapo a la cocina, lustrar el piso del comedor anque limpiar el horno? Ya sabe, sarna con gusto no pica, pero de ninguna manera deje entrever sus intenciones utilitarias. El encanto se acabará y con él, su utilidad.
Lo demás, estimadas, corre por cuenta de vuestra imaginación, pero nunca, pero nunca, nunca, deje que la llamen Marta. Además de estar demodé habrá dejado en claro que lo de la dominación no es para usted. Y eso forma parte de nuevos consejos.